

porteños, la atracción de los circos, las revistas musicales, los teatros, las conferencias y el cada vez más difundido pasatiempo popular de los domingos —los paseos, los desfiles—, todo sugería que el barrio estaba perdiendo algo de su gravitación en la vida de los porteños.

## 6

### Estructura social y aspectos culturales

DE ACUERDO con las referencias contemporáneas, en 1870 la estructura social de Buenos Aires se dividía en dos grandes sectores: la *gente decente*, la clase culta, aquellos que por sus antepasados, educación y riqueza gozaban de prestigio y poder dentro de la comunidad; y la *gente de pueblo*, los trabajadores, los que más que dirigir la sociedad dependían de ella. La septuplicación de la población y los cambios sustanciales en el medio ambiente urbano no alteraron básicamente esa estructura hasta 1910. Aunque surgieron otras capas, los dos grandes sectores o categorías se mantenían.

En todo este período, el linaje y la familia constituyeron los criterios principales para reconocer a la gente decente. La clase alta reclutaba sus miembros entre sus propias filas. A veces, a causa de desastres económicos o contratiempos personales, algunos de sus miembros y aun familias enteras descendían hasta convertirse en gente de pueblo. Periódicamente, también, se incorporaba sangre nueva, casi siempre por la adquisición de una fortuna proveniente de una práctica profesional universitaria, o por un matrimonio ventajoso.

Las relaciones familiares tendían a determinar la educación,

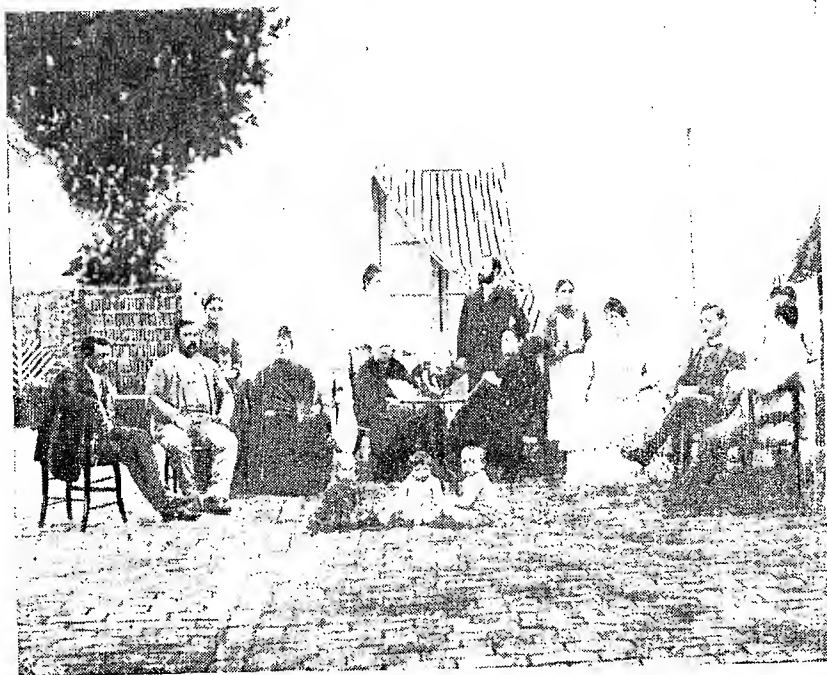


Fig. 41. Familia porteña acomodada descansando en su quinta, alrededor de 1880. (Archivo General de la Nación)

la ocupación y los ingresos. El hijo o la hija de la gente decente recibía una educación o formación de acuerdo con su clase. Para el hombre esto significaba educación universitaria, la carrera militar o la eclesiástica, o la adquisición de experiencia en la banca, el comercio o la ganadería junto a su padre u otro pariente. A las niñas se les enseñaba bordado y otros labores de aguja, el manejo de la casa y de los sirvientes, a veces música y algún idioma extranjero.

Las ocupaciones de los hombres —las mujeres por lo general no trabajaban— descartaban el trabajo manual, requerían educación o capital y exigían independencia y capacidad para tomar decisiones. Los ganaderos, hombres de negocios, profe-

sionales, universitarios y estudiantes secundarios generalmente pertenecían a la gente decente<sup>1</sup>.

La gente decente debía contar con suficientes ingresos como para mantener una servidumbre, una casa propia o alquilada y ropa, alimentación y ambiente conformes a su clase. Pero este mínimo se sustentaba en razones de alcurnia, educación y ocupaciones. Aun cuando la riqueza ganaba importancia como signo de pertenencia a la élite, especialmente durante los auge económicos de 1884-89 y 1905-12, no constituía la principal línea divisoria entre los dos grandes sectores sociales. Por ello, la riqueza o el ingreso tenían menos relevancia que en muchas otras sociedades. Era mejor pertenecer a una familia de medios modestos pero de orgulloso abolengo que ser un don nadie que había hecho fortuna a través de alguna empresa exitosa. Así también la fortuna de un ganadero vasco de la década de 1840, fundada en la tierra y los rebaños, sólo adquiría respetabilidad en las manos de sus nietos.

<sup>1</sup> Una lista más detallada de las ocupaciones generalmente desempeñadas por la gente decente, realizada a partir del Censo Nacional de 1914 (IV: 201-12), incluye criadores, cabañeros, estancieros, hacendados, invernadores, banqueros, capitalistas, empresarios, exportadores, gerentes, importadores, clérigos, sacerdotes, abogados, contadores públicos, escribanos, procuradores, dentistas, médicos, químicos, profesores de enseñanza secundaria y universitaria, agrimensores, agrónomos, doctores, escritores, ingenieros, matemáticos, periodistas, peritos, estudiantes secundarios y universitarios. Esas ocupaciones, u otras denominaciones fácilmente reconocibles, aparecen en todos los censos precedentes. En dichas listas, sin embargo, no existe enumeración específica de los funcionarios de gobierno más importantes o de propietarios de los más importantes establecimientos industriales y comerciales, pues no hay apreciaciones dignas de confianza de los datos de los censos para establecer su porcentaje o número, diferenciándolos de los empleados de gobierno, artesanos o comerciantes en general. Diversas suposiciones se han formulado para justificar esa omisión: que el número de altos funcionarios y de comerciantes ricos, como se desprende de otras fuentes tales como almanaques y guías de la ciudad, era pequeño y no alcanzaba, aún en 1914, a más de 1.000 personas; que la inclusión de tales personas en las listas de ocupaciones en el límite del status de gente decente —tales como contadores públicos, procuradores, periodistas y dentistas— equilibraba en algo los funcionarios y propietarios omitidos; y que, dada la importancia de los títulos profesionales y de propiedad de la tierra en la Argentina, no alto porcentaje de la categoría de funcionarios y propietarios, aparecería bajo los rubros de banqueros, capitalistas, empresarios, abogados, escribanos, ingenieros, estancieros y hacendados, más bien que bajo los rubros de empleados o comerciantes.

La gente de pueblo incluía al resto de la población de la ciudad, aproximadamente el 95% entre 1870 y 1910 (véase el cuadro 14). La gente de pueblo estaba dividida en muchos niveles, cuyo status se determinaba de acuerdo con el mismo criterio —familia, educación, ocupación, ingresos— que el aplicado a la gente decente.

La familia era el factor decisivo en la ubicación social de los individuos. Aunque una economía en expansión y el creciente número de oportunidades de empleo brindaban posibilidades de progreso, la mayor parte de los hijos permanecían en el nivel de sus progenitores. La educación estaba limitada, por lo general, a los seis grados de la escuela primaria; en los niveles inferiores, la educación escolar terminaba con el primero o segundo grado. Niños y adolescentes aprendían un oficio trabajando en un taller o en un comercio con sus padres o parientes, o sirviendo como aprendices o empleados.

En el período de rápido crecimiento urbano, la ocupación y el ingreso se convirtieron en factores cada vez más importantes de diferenciación de estratos sociales<sup>2</sup>. Los empleados —de oficina, comercio, maestros de escuela primaria, tenedores de libros, dibujantes, telegrafistas— y los que dirigían a otros y poseían algún capital, especialmente los comerciantes, figuraban en el nivel inferior de esa escala social. Sus ingresos podían igualar o exceder en algo a los de los obreros especiali-

<sup>2</sup> La subcategoría de obreros especializados y empleados, establecida por las clasificaciones del censo de 1914, abarca los tres próximos estratos a analizar, ya que no se dispone de medios dignos de crédito para establecer una división clara entre las clasificaciones ocupacionales consignadas conjuntamente. Aquellas ocupaciones en esa subcategoría con 1.000 hombres por lo menos (el asterisco señala más de 10.000) de 14 y más años en el censo de 1914 son: agricultores, jardineros, albañiles, aparadores\*, aprendices, carboneros, carniceros, carpinteros\*, confiteros, constructores, cartidores, ebanistas, electricistas, encuadernadores, estibadores, foguistas, fundidores, gasistas, herreros\*, hojalateros, industriales, lecheros, maquinistas, marmoleros, mecánicos\*, mosaiqueros, muebleros, operarios, panaderos, peluqueros, pintores\*, sastres\*, sombrereros, talabarteros, tipógrafos, yeseros, zapateros\*, comerciantes\*, corredores, dependientes, empleados de comercio\*, repartidores, vendedores ambulantes, tenedores de libros, conductores, empleados de ferrocarril, empleados de tranvía, guardas de tranvías, motomen, telegrafistas, rentistas, empleados de gobierno\*, jubilados, maestros de escuela primaria, dibujantes, escultores, músicos, empleados en general\*.

zados, pero con frecuencia habían completado los seis años de la escuela primaria e incluso uno o dos años del secundario. En lo que respecta a vivienda, ropa y condiciones de vida, imitaban a la gente decente; de este estrato provenían los que ingresaron a la clase alta.

También eran gente de pueblo los artesanos y obreros especializados que tenían sus propias herramientas e instrumentos de trabajo y gozaban de una relativa independencia económica. La diferencia en los ingresos incidía casi de inmediato en el medio y perspectivas de, por ejemplo, un maestro zapatero, que poseía maquinaria y empleaba aprendices, de los inmigrantes recién llegados que cosían pedazos de cuero en un rincón de una pieza de conventillo. Entre los carniceros existía toda la gama que iba desde el próspero propietario de un negocio en la esquina de un vecindario de gente adinerada, al harapiento ayudante que trabajaba en un puesto en un mercado del centro. Un carpintero o un albañil podía ser tan sólo uno más en el gremio de la construcción o alcanzar el nivel de contratista independiente. Si bien era poco posible que un artesano ascendiera de golpe hasta incluirse en la categoría de gente decente, en algunas ocasiones los hijos de los más prósperos y sólidos podían llegar a ser dentistas, contadores públicos, médicos o ingenieros. Más frecuentemente sucedía que la educación les abriera las puertas del ingreso a la categoría de empleado.

Debajo de los artesanos se situaban vastos sectores ocupados en trabajos semiespecializados: empleados de escasa jerarquía, trabajadores con instrucción muy elemental o que poseían pocas herramientas y equipo, aprendices, obreros ferroviarios y tranviarios, vendedores ambulantes, carboneros, lecheros, repartidores, jardineros. Los ingresos, y en consecuencia la vivienda y condiciones de vida, variaban poco entre esas ocupaciones. El ascenso social tenía como base destacadas condiciones personales: un humilde vendedor ambulante que se convertía en comerciante o un aprendiz que perseveraba hasta llegar a ser oficial mecánico.

Los jornaleros, los soldados y marineros, y los sirvientes esta-

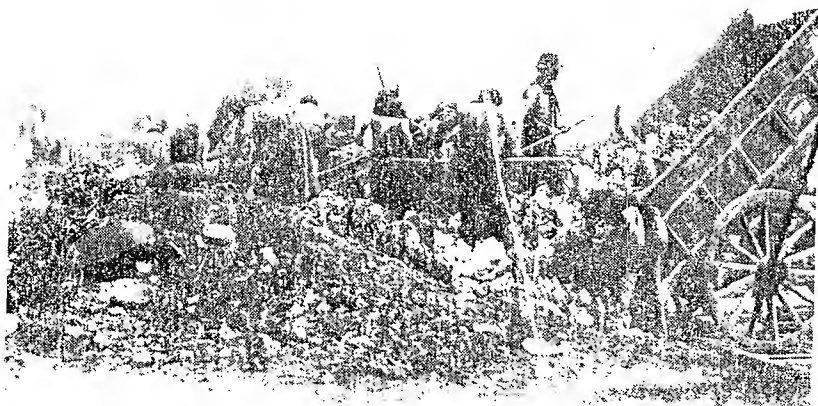


Fig. 45. Cirujas escarbando basura en los vaciaderos municipales. (Archivo General de la Nación)

ban en el peldaño más bajo de la pirámide ocupacional<sup>3</sup>. Los inmigrantes recién llegados con mucha frecuencia desempeñaban las ocupaciones subalternas de cocheros, cocineros, mozos, sirvientes y porteros, o se unían al conjunto de obreros no especializados de los muelles, construcción y obras públicas urbanas. Muchos eran analfabetos o habían aprobado a lo sumo uno o dos años de escuela primaria. A estas ocupaciones no aportaban ni un oficio, ni instrucción, ni educación. Los salarios eran generalmente más altos que los que se pagaban en las ciudades europeas, pero el costo de la vida también era alto y los inmigrantes tenían que padecer el hacinamiento de los conventillos, vestir ropa casi harapienta y alimentarse con comida de mala calidad. Para este grupo la posibilidad de ascender en la escala

<sup>3</sup> Una lista más detallada de la subcategoría de trabajadores manuales establecida por las clasificaciones de 1914, fija ocupaciones con 1.000 hombres por lo menos (el asterisco señala más de 10.000) desde el más bajos tales como carreros, cocheros, personal de servicio \*, marinos, mil, jornaleros \*, peones \*.



Fig. 46. Lavanderas en el Bajo, alrededor de 1880. (Archivo General de la Nación)

social podía realizarse sólo por medio de la economía, el trabajo duro y, sobre todo, la buena suerte. El hombre que por su propio esfuerzo se convertía de estibador en presidente de banco era impensable en Buenos Aires. Más afortunado era el inmigrante adolescente que adquiría alguna especialización y ahorros como jornalero, contraía matrimonio y criaba una familia en el conventillo del centro, y luego combinando sus ganancias con las de su esposa e hijos, lograba comprar un lote y construir una casa en los suburbios. Sus hijos generalmente seguían sus pasos como jornaleros u obreros semiespecializados. En tanto que sus hijas aspiraban a ser algo más que lavanderas o planchadoras. Sólo los nietos recibían suficiente educación y capacitación como para permitirles subir un peldaño o dos en el estrato social.

A causa del papel que desempeñaba la familia en la determinación del status, la estructura social tenía continuidad y estabilidad. La rápida expansión y el cambio en la ciudad alteró poco esa estructura. Mientras la economía seguía en expansión —como lo hizo a pasos agigantados a causa de las exportaciones del agro y el flujo de inmigrantes y capital extranjero a fines del siglo XIX— las posibilidades económicas y financieras para la gente decente y para la gente de pueblo continuaban aumentando. Fue entonces posible ascender en la escala social dentro de ciertos límites. Por otra parte, una burocracia centralizada y de élite manejaba con eficiencia el comercio y la administración pública, tanto en Buenos Aires como en el resto del país. Si bien la Argentina ya no era sólo una “tierra de vacas” como había sido descrita en la primera mitad del siglo XIX, la explotación de grandes latifundios, el comercio exterior basado en el intercambio de productos agropecuarios por bienes manufacturados, y el desarrollo de un sistema de transporte y comunicaciones al servicio de este esquema agroexportador descansaban sobre el empleo extensivo de mano de obra controlado por pocas cabezas. El flujo migratorio, el aumento de requerimiento de mano de obra especializada y de oficina, y el desarrollo de pequeñas industrias domésticas, junto con obras públicas encaradas en el marco de una economía y un gobierno prósperos —pavimentos, instrucción pública, red tranviaria, mejor alimentación, teléfonos, elecciones— no imponían necesidad de cambios en la estructura social existente.

La conciencia que cada uno de los dos grandes grupos tenía de sí mismo, reforzaba su estabilidad. La gente decente sabía, sin duda alguna, que controlaba a la nación entera, conservando en sus manos el poder económico y político tanto en Buenos Aires como en el resto del país. De sus filas surgía la dirección económica y política de la ciudad así como la élite gobernante. Los vínculos que se establecían, ya por el lugar de residencia, ya por los negocios, ya por las relaciones sociales, mantenían la cohesión de la gente decente. El colegio y la universidad acentuaban el vínculo. Pese al número creciente de integrantes de este grupo, la sangre y el matrimonio seguían desempeñando

un gran papel en la Metrópoli, como lo habían hecho en la Gran Aldea. El peso abrumador de los antecedentes familiares se tradujo, casi por definición, en los extendidos lazos de familia entre la gente decente. Como consecuencia, constituían una gran familia unida y sólida que compartía objetivos y valores.

La gente de pueblo, por su parte, se había estratificado cada vez más, con frecuencia dividida tanto por intereses y ambiciones como por diferencia de ingresos. En realidad, su único lazo residía en la no pertenencia a la gente decente. Aun así, el estrato superior de la gente de pueblo aspiraba a integrar la gente decente; imitaba servilmente sus modelos y a veces veía cómo uno de ellos pegaba el gran salto.

Más que fundar sentimientos solidarios y comunidad de intereses, las crecientes diferencias de ocupación e ingresos entre la gente de pueblo acentuaron el individualismo o, también, agrupamientos en estratos. El esquema residencial y ocupacional, que tendía a la dispersión, reforzaba estas tendencias. Si los ghettos étnicos o las comunidades religiosas o la residencia en un mismo lugar de la ciudad de trabajadores de un mismo oficio hubieran sido más importantes en Buenos Aires, la solidaridad grupal podría haber sido más intensa. El conventillo recibía a los recién llegados. Luego, una vez aclimatados, éstos o sus hijos se encaminaban hacia los barrios. Aun cuando las actividades manufactureras habían mostrado una tendencia a ubicarse en el lado sur de la ciudad, ningún grupo importante de obreros se formó ni dentro de las fábricas ni en los barrios de obreros. Pequeñas plantas, talleres, almacenes y negocios había en todos los barrios. Tal dispersión no estimulaba la unidad, comunicación o vínculos entre los trabajadores. Para muchos la lealtad al lugar de residencia, a la cuadra, al vecindario, en el caso de algunos extranjeros, a su grupo nacional, reemplazó todo sentido de interés común entre los trabajadores<sup>4</sup>.

<sup>4</sup> Hacia el final de este período, los intereses de clase despertaron en ciertos gremios y ocupaciones altamente sindicalizadas en la ciudad de Buenos Aires, como se evidenció por los manifestos huelguísticos, la propaganda anarquista, los informes del Departamento de Trabajo, la actividad del Partido Socialista y otros signos de solidaridad obrera; véase Spalding Jr. (comp.), *La clase trabajadora argentina*; y S. Marotta, *El movimiento sindical argentino*.

La existencia de oportunidades de ascenso colaboró en la expresión tardía de intereses de clase y de grupo, y limitó las presiones sobre la estructura social. La movilidad social —tal como lo demuestra el movimiento hacia los barrios o la búsqueda de seguridad representada por la compra de un lote de terreno— exigía esfuerzos y tremendos sacrificios económicos. Los hijos de la gente de pueblo, en vez de adquirir una educación que podía haber presionado sobre el limitado número de posiciones disponibles para la gente decente, pasaban a integrar las filas de trabajadores a una edad temprana para aumentar los ingresos familiares. Al mismo tiempo, aun la más lejana oportunidad de pasar de un estrato al superior, o incluso el improbable sueño de cruzar la brecha que lo separaba de la gente decente, estimuló a los trabajadores a triunfar dentro del sistema existente antes que empujarlos hacia la acción grupal o a la revuelta.

Aunque las clasificaciones ocupacionales de los censos no definen con precisión esta estructura social, son la única fuente de la que pueden extraerse conclusiones generales sobre la composición y dimensión de los dos sectores más importantes. Desgraciadamente, cada clasificación censal abarca una cantidad de estratos distintos, en especial aquellos que difieren en ingresos y educación, y esto hace imposible un análisis de cada estrato por separado. Pero pueden distinguirse dos subgrupos de gente de pueblo: uno, el de obreros no especializados; otro, de obreros especializados y empleados. Aunque un modelo de tres clases —alta, media y baja— no describe con precisión la sociedad porteña hasta después de 1910, esos dos subgrupos proporcionan la base para el desarrollo posterior de las clases baja y media, tal como la gente decente equivaldría a la de la clase alta <sup>5</sup>.

<sup>5</sup> El conocido sociólogo Gino Germani, fue el primero en vincular la ocupación a la clase social en su obra *Estructura social de la Argentina*, Buenos Aires, 1955. Sus clasificaciones se originan en el Censo Nacional de 1947 y en el Censo Industrial de 1935, y son aplicables a las categorías de clase (alta, media superior, media inferior y popular) que se desarrollaron con pujanza después de 1910. John J. Johnson, *Political Change in Latin America: The Emergence of the Middle Sectors*, Stanford, 1958, apli-

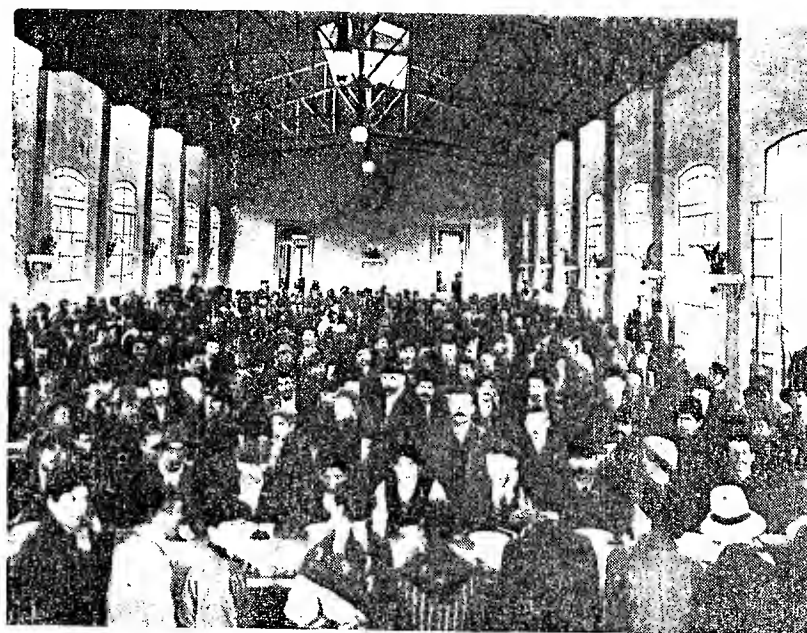


Fig. 47. Comedor del Hotel de Inmigrantes, puerta de entrada de la mano de obra para el futuro desarrollo del país. (Archivo General de la Nación)

El perfil resultante de la estructura social descansa sobre la agrupación por ocupación de todos los asalariados masculinos de catorce o más años (véase el cuadro 14). El ingreso del hombre es el que generalmente establece el status de la familia. La inclusión de las mujeres no altera este perfil pues, en la sociedad porteña de fines del siglo XIX, no trabajaban fuera del hogar salvo que la economía familiar exigiera hacerlo imperiosamente. Las mujeres asalariadas, en consecuencia, pertenecían

ca el modelo de tres clases a América Latina con algunas inexactitudes y dificultades. Trabajos tales como el de Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición: de la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, 1962; Claudio Véliz (comp.), *Obstacles to Change in Latin America*, Nueva York, 1965; e Irving L. Horowitz (comp.), *Masses in Latin America*, Nueva York, 1970 sugieren más problemas y limitaciones para la aplicación de este modelo en América Latina.

en casi todos los casos al estrato social más bajo; trabajaban como sirvientas, cocineras, lavanderas y planchadoras \* y *masim*

La discriminación de los datos sobre ocupación revela que entre 1869 y 1914 el 4 ó 5% de la población masculina empleada pertenecía a la gente decente. En el otro extremo de la estructura social el porcentaje de obreros no especializados declinó de un tercio a un cuarto del total. Entre tanto el gran subgrupo de obreros especializados y empleados aumentó del 60 al 70% de hombres empleados.

Este perfil ocupacional, cuando se divide en argentinos y extranjeros, demuestra que, mientras los inmigrantes proporcionaron el grueso de los obreros, no constituyeron una amenaza al orden social dominado por la gente decente (véase el cuadro 15). Los argentinos predominaban evidentemente entre la gente decente con porcentajes que variaban de un mínimo de 69% en 1895 a un máximo de 81% en 1914. Los extranjeros que llegaban al país para ocupar cargos como administradores, directores o técnicos, en general tenían suficientes antecedentes de familia, educación o dinero para pertenecer a la gente decente y en consecuencia, estaban interesados en apoyar la estructura social existente. Los inmigrantes, por su parte, predominaban entre la gente de pueblo. Aproximadamente el 80%

\* El censo municipal de 1887, el primero que distingue el sexo junto con la ocupación, no registraba ninguna mujer de la clase alta o decente que trabajara, salvo el caso de 42 estancieras. La enseñanza en la escuela primaria, aunque realmente no era una ocupación de clase alta, era la única más o menos respetable por encima del servicio doméstico; en 1887, 583 muchachas entraron a la escuela normal y 789 estaban enseñando en la escuela primaria. Frente a esto existían 29.570 mujeres empleadas como lavanderas, planchadoras o domésticas. En 1914, a pesar de que se agregaron algunas mujeres más a las ocupaciones de la clase alta, esta situación no había cambiado en forma apreciable. En ese año, 517 desarrollaban ocupaciones propias de gente decente (103 estancieras, 4 empresarias, 3 abogadas, 89 médicas y dentistas, 13 químicas y doctoras en letras, 51 escritoras y periodistas, 7 tasadoras y 217 profesoras de la universidad y del colegio secundario). De las 3.988 registradas como estudiantes seguramente eran muchachas de 11 años que estaban terminando la escuela primaria o asistían a la escuela normal. Otras 5.818 eran maestras de escuelas primarias. Al mismo tiempo cerca de 93.000 mujeres eran sirvientas o lavanderas.

\* Censo municipal, 1887, II, 43-47, 543-44; Censo nacional, 1914, IV, 201-12.

de la fuerza de trabajo no especializada y dos tercios de los obreros especializados y empleados habían nacido en el extranjero. En 1914 los inmigrantes italianos y españoles que integraban el sistema en la parte más baja de la escala superaban a los argentinos en los trabajos subalternos en proporción de 6 a 1. Entre los obreros especializados y empleados, la proporción de extranjeros con respecto a los argentinos había declinado gradualmente de 4:1 en 1887 a 2:1 en 1914, en gran medida porque los hijos de inmigrantes son considerados argentinos nativos.

Aunque el perfil ocupacional de la estructura social porteña simplifica demasiado una situación compleja y estratificada, destaca dos rasgos que desempeñaron una función importante en los aspectos culturales de la ciudad \*. Una clase alta reducida y cerrada, conformada por argentinos, dominaba y controlaba la estructura social, en tanto que los inmigrantes y sus hijos constituían la mayor parte del sector laboral dependiente, muy diversificado. Esto contribuyó a la continuidad y estabilidad durante un período de rápido crecimiento urbano. Un porteño de la Gran Aldea trasplantado al Buenos Aires de 1910 se hubiera asombrado por la transformación física de su ciudad-puerto, avenidas, barrios, pero hubiera encontrado muchos rasgos de su sociedad que le hubieran resultado familiares. La inmigración masiva de europeos sentaba las bases para un eventual cambio social, pero a darse mucho más tarde, durante la vida de sus nietos y bisnietos.

Muchos de los aspectos culturales de la ciudad venían de los días de la colonia y sus raíces alcanzaban la confluencia de la herencia ibérica, romana y morisca de la España medieval. El desprecio de la clase alta hacia el trabajo manual; la consideración de que gozaba el hombre de leyes, el sacerdote y los consagrados a las humanidades; la importancia concedida a la familia; el énfasis sobre el individuo y la persona en todas las

\* La expresión "aspectos culturales" se usa aquí para significar el conjunto de creencias y valores inculcados, compartidos por los miembros de una sociedad.



relaciones humanas; la continua y abierta ostentación de virilidad y hombría; la admiración que merecía la astucia o la inteligencia; todo esto había asistido a España para lograr su preeminencia mundial en los siglos xvi y xvii, y aún florecía en muchas áreas de su antiguo imperio. Las peculiaridades del medio ambiente porteño, la acentuación de algunos de estos valores a través de inmigrantes italianos y españoles, dieron forma propia a estas características. Pese al arribo de gentes de otras nacionalidades y religiones, la gente decente y sus imitadores fueron fieles a esos aspectos culturales en la metrópoli de 1910. Por lo demás, el principal rasgo cultural aportado por la expansión económica y la inmigración masiva de fines del siglo xix, que reforzaron y confirmaron los valores enumerados al medio ambiente porteño, pareció limitarse a un ideario materialista y a la exaltación del progreso.

El concepto de que sólo las masas ignorantes debían realizar el rudo trabajo físico provenía en gran medida de la herencia española, que siempre había colocado la toga y la espada por encima del martillo, la pala y el yunque. En el medio ambiente argentino este rasgo tomó una importancia aún mayor. El área que circundaba a Buenos Aires no había sido lugar de asentamiento de ninguna población indígena de importancia. Pese a la introducción de esclavos negros, gran proporción de la población española y mestiza había debido trabajar con sus manos. El trabajo continuaba marcando una línea divisoria entre las masas y la gente decente. Una forma particular de esta actitud surgió en Buenos Aires de la explotación y exportación de cueros y sebo del ganado cimarrón. En primer lugar los rebaños, y luego la tierra, se valorizaron, y quien controlaba la tierra se convirtió en rico y poderoso. El prestigio del jinete en la tradición militar española se transfirió al trabajo rudo de la vaquería o del rodeo. En todo el siglo xix el trabajador rural, hombre de a caballo, estaba por encima de quienes cuidaban ovejas, araban los campos, cosechaban o cavaban pozos y zanjas. Del mismo modo, las tareas propias de la ganadería eran aceptadas por la gente decente, orgullosa de dominarlas: un estanciero debía ser capaz de superar a sus peones en domar un potro o enlazar un animal.

El desprecio del trabajo manual que no se hiciera a caballo era fuerte entre las masas argentinas. Durante el siglo xix, en los textos tanto de viajeros extranjeros como de ensayistas argentinos, la palabra criollo se convirtió en sinónimo de incapacidad y haraganería. Como jinetes, los criollos, que habían participado en las guerras civiles, el servicio de fronteras y las campañas al desierto, demostraron tanta resistencia y fortaleza como el conquistador español del siglo xvi. Pero otro tipo de trabajo manual no los atraía en absoluto. No asombra que los estadistas argentinos protestaran contra la indolencia criolla y recurrieran al inmigrante europeo para el cultivo de los campos, la construcción de ferrocarriles y todas las tareas necesarias en una economía naciente y próspera.

Estas actitudes sobre el trabajo manual, reforzadas por las modalidades de la primera etapa del desarrollo argentino implicaron una diferencia importante entre la gente decente y la del pueblo. La divisoria entre los dos grandes sectores sociales estaba claramente demarcada, como lo demuestran las distinciones que se mantenían aún en la libertad y desprejuicio del carnaval. Se podía arrojar agua a cualquiera; el abogado podía disfrazarse de mendigo; la prostituta, de princesa. Pero en el más importante baile oficial, en el Teatro Colón, al que todos podían ir y en el que no había diferencia de precio en las entradas, ni porteros o acomodadores que dirigieran a los asistentes, nadie, sin embargo, se equivocaba sobre el sitio que debía ocupar en el teatro. Las masas trabajadoras ocupaban la pista principal, con sus ruidosas comparsas y sus bailes, mientras la gente decente se ubicaba en los palcos y salones en busca de una diversión más refinada<sup>7</sup>. Con el mismo espíritu, parecía lógico que en un proyecto de concesión para baños públicos presentado al Concejo Deliberante en 1889, se incluyera un conjunto de baños instalado aparte para las "clases trabajadoras"<sup>8</sup>. Esto era una prolongación de la costumbre de la Gran Aldea que utilizaba las costas langosas del río como baño público: se dividía la ribera en zonas por todos respetadas; se-

<sup>7</sup> *La Prensa*, 6 de agosto de 1873, pág. 1.

<sup>8</sup> *Actas*, 1889, 22 de marzo, pág. 121.



gún el sexo y, dentro de ellas, en áreas para la gente decente y la gente de pueblo. Dicho status "especial" puede apreciarse en una noticia periodística de 1902, que informaba que a algunos obreros se les había negado la entrada a la galería de visitantes del Congreso. Los comentarios subrayaban la necesidad de ocultar cualquier relación con el trabajo manual, dado que un hombre bien vestido podía ir a cualquier parte sin ser cuestionado: "Su elegancia es un título suficiente."<sup>9</sup>

El hombre común intentaba, en consecuencia, siempre que le era posible, disimular que era un obrero. Como observó un visitante español en 1904: "Los obreros, con ser muchos, no usan la indumentaria especial que los hace resaltar en las vías de nuestras ciudades. La población ofrece tipo marcadamente burgués."<sup>10</sup> La preocupación por el atuendo como medio de ocultar la relación con tareas manuales se revela en la diferencia entre el inmigrante recién llegado y los peatones correctamente vestidos en el área de Plaza de Mayo que ya habían comenzado a ascender en la escala social. De la misma manera, los coches obreros acoplados a la mañana temprano y al atardecer a los tranvías comunes, que cobraban medio pasaje, con frecuencia iban casi vacíos. Y aunque los asientos estuvieran ocupados los pasajeros vestían chaquetas y corbatas en lugar de las ropas de trabajo.

La admiración y status de que gozaban quienes habían recibido educación superior eran complementarios del desprecio por el trabajo manual. En el imperio español, tres grupos poderosos —la Iglesia, la Universidad y la burocracia real— determinaron la importancia de la enseñanza universitaria y el título en leyes para la élite gobernante. El culto del "doctor" —obtenido el título después de cinco años en la universidad— estaba vigente en los países latinoamericanos y, según la opinión general, significaba el coronamiento del trabajo intelectual. Además, la educación superior era el medio más importante por el cual la sangre nueva se mezclaba a veces con la de la gente decente.

Estas actitudes hacia la educación ayudaron a mantener una

<sup>9</sup> *La Prensa*, 12 de agosto de 1902, pág. 4.

<sup>10</sup> Rahola, pág. 83.



Fig. 48. Tránsito de vehículos y peatones en la esquina de Avenida de Mayo y Perú. (Archivo General de la Nación)

estructura educacional rígida y de élite, orientada hacia los estudios humanísticos durante todo el período de rápido crecimiento económico del país. Los decididos esfuerzos de Domingo F. Sarmiento impusieron algunos de los métodos utilizados en la escuela elemental norteamericana; trajo maestras de Estados Unidos y aumentó el número de alumnos que cursaban algunos años en la escuela primaria. Pese a los ambiciosos planes de muchos estadistas y educadores para reproducir el sistema de escuela pública norteamericana en la Argentina, una alfabetización rudimentaria, que no significó un avance para el grueso de la población, fue el principal resultado. La mayoría de los niños completaba sólo algunos grados o asistía a la escuela únicamente durante una pequeña parte del año. La opinión de la mayor parte de la gente decente, sucintamente ex-

presada por un diputado nacional, era que los niños de la clase trabajadora no necesitaban más que nociones básicas de lectura, pues "el niño está en la escuela... y en una escuela sana... cuando está en el taller y tiene un instrumento de trabajo en la mano."<sup>11</sup>

En 1907, de una población de 232.000 niños en edad escolar en la ciudad, menos de 2.000 terminaron la escuela primaria. La pirámide de escolaridad por grado es aún más significativa: 46.000 en primer grado, 19.000 en segundo, 11.000 en tercero, 7.000 en cuarto, 3.000 en quinto y 1.900 en sexto<sup>12</sup>. Dos años después los alumnos de primer grado totalizaron 48.000, en tanto que los de sexto llegaban a 2.200<sup>13</sup>. Así, aproximadamente el 5 % de los que comenzaban el primer grado terminaban la escuela primaria. En 1914 el censo oficial ofrece un cuadro más optimista: de los 230.000 niños en edad escolar de la ciudad, aproximadamente el 83 % se inscribieron en la escuela y el 62 % asistieron a clase más o menos regularmente<sup>14</sup>. Pero la terminación de la escuela primaria era algo aún fuera del alcance de la mayoría de los niños porteños, especialmente porque sus familias no podían renunciar al ingreso que significaba el trabajo de sus chicos. Más aún, salvo que se pensara continuar la escuela secundaria o la normal —hecho poco común ya que ubicaba a la persona en la capa superior de la gente de pueblo o en la línea de acceso a la gente decente— la adquisición de una especialidad u oficio parecía mucho más útil que una educación que, ya en cuarto grado, comenzaba a prepararlo sobre todo para el colegio secundario y la universidad.

El objetivo de la gente decente de que la masa de la población lograra una alfabetización rudimentaria, ampliando la asistencia a los primeros grados de la escuela elemental, evidentemente complementaba su ininterrumpido monopolio de la

<sup>11</sup> Observaciones de Antonio Piñero en Diputados, *Sesiones*, 1907, I, 26 de junio, pág. 138.

<sup>12</sup> Observaciones de Felipe Guasch Leguizamón en Diputados, *Sesiones*, 1908, I, 19 de junio, pág. 150.

<sup>13</sup> *Censo General de la Ciudad de Buenos Aires, 1909*, II, pág. 337.

<sup>14</sup> *Censo Nacional de 1914*, IX, pág. 127.

educación secundaria y universitaria. Como dijo el ministro de Educación en 1892, el colegio y la universidad deben propender a la formación de "la más alta clase intelectual... la gente ilustrada... los hombres dirigentes".<sup>15</sup> Esta educación siguió orientada hacia los clásicos, las humanidades y la filosofía, poniendo el acento en la discusión teórica más que en la experimentación. Hasta los estudiantes de medicina aprendían anatomía en los textos y no a través de la disección, y los futuros ingenieros rara vez realizaban prácticas hasta después de haber obtenido el título.

El estrechamiento de la pirámide educacional cuyo vértice ocupaba una pequeña élite no era tan agudo en los niveles secundario y universitario como en el primario. No obstante, en 1909 las escuelas secundarias, que ofrecían por lo menos cinco años de instrucción, tenían 1.961 estudiantes incriptos en primer año y sólo 642 en quinto. En el mismo período, la Facultad de Medicina de la Universidad matriculó a 469 estudiantes en primer año, pero sólo tenía 212 en el último. La Fa-

<sup>15</sup> Juan Balestra, mientras fue Ministro de Educación, estableció también un claro criterio racional de orientación humanística para la escuela secundaria. Sostuvo que los estudios clásicos y teóricos preparaban mejor a los individuos para la universidad, y como miembros de una clase dirigente educada: "Tal género de estudios lleva, como pendiente de fácil ascensión a los altos estudios y carreras universitarias. Eso es lo natural, lo lógico, lo inevitable. Si de la gramática hacéis ascender al alumno a la literatura; si de la literatura preceptiva lo pasáis a Ovidio, Virgilio, Salustio y Cicerón; si de allí lo lleváis a aprender las leyes del entendimiento y de la conciencia humanos, con la filosofía; si, al mismo tiempo, de las simples operaciones aritméticas lo lleváis a razonar sobre ellas para ascenderlo luego al álgebra; si hacéis aplicar las reglas de las ecuaciones en los problemas de óptica y de acústica; si con la trigonometría lo preparáis para demostrar la rotación de los planetas alrededor del sol, según formas matemáticas, cómo podréis impedir que este alumno aspire a ir más y más allá e intente aprender en la universidad las leyes que gobiernan al mundo físico o al mundo social y político, para ejercer, por su pensamiento y su palabra, una acción superior y dirigente? Si los colegios nacionales dan origen a las aspiraciones universitarias, están, pues, en su papel; para eso sirven... Esa es una tendencia indiscutiblemente benéfica, esencial, salvadora, cuyo destino especial es la formación de la más alta clase intelectual de la gente ilustrada, de los hombres dirigentes." Citado por José Bianco en "Enseñanza Pública: Tendencia y orientaciones nacionales", *Tercer Censo Nacional de 1914*, IX, pág. 32.

cultad de Ingeniería y Ciencias Exactas registraba 231 alumnos en primer año, pero sólo 30 en el último <sup>16</sup>.

La estructura de la enseñanza superior —nunca flexible y adaptable en ninguna sociedad— fue sumamente rígida e intransigente en la Argentina. A pesar del persistente descontento con la incompetencia y ausencia de profesores, clases y textos anticuados, altas matrículas y falta de disciplina, método y relevancia de los estudios, la jerarquía educacional no propuso ningún plan de reforma. Según comentarios hechos en los años 1872 y 1873: "No se aprende ni se enseña en la [Universidad]", "[la Universidad] sólo sirve para expedir diplomas con una profusión espantosa y sin tener en cuenta el mérito y la suficiencia del alumno." Tales comentarios se repetían con extraña familiaridad cuando el Congreso, muy de vez en cuando, consideraba proyectos de reforma en el marco de esporádicas pero violentas protestas de los estudiantes de Derecho y Medicina desde 1903 a 1906 <sup>17</sup>. En 1904, durante el debate sobre un proyecto de reforma, un diputado sintetizó el conflicto entre lo antiguo y lo moderno en términos sumamente importantes para las nuevas tendencias:

"Por un lado, está la realización de las tendencias científicas nuevas, que exigen los estudiantes; por el otro, una universidad, que, a pesar de vivir en un siglo de reformas avanzadas, siempre ha mirado hacia el pasado.

Por un lado, se perciben estudiantes anhelosos de nuevas enseñanzas; por el otro se encuentran profesores sinceros, buenos padres de familia, correctos caballeros, muy respetables como particulares, pero que son hombres que no han estado a la altura de la intelectualidad presente, y por tanto de las necesidades futuras del talento nacional." <sup>18</sup>

<sup>16</sup> Censo general de la ciudad de Buenos Aires de 1909, II, pág. 337-38.

<sup>17</sup> Las dos citas son de *La Prensa*, 21 de octubre de 1872, 8 de julio de 1873, pág. 1. Los proyectos para la reforma universitaria fueron presentados en Diputados, *Sesiones*, 1901, I, 13 de mayo, págs. 21-41; 1903, II, 11 de diciembre, págs. 181-85; 1904, 6, 9, 20 de mayo, 16, 20 de setiembre, I, págs. 48-52, 57-61, 210-17, II, págs. 259-85, 401-3.

<sup>18</sup> Observación de Manuel Carlés en Diputados, *Sesiones*, 1904, II, 16 de setiembre, págs. 263-61.

Pero los grupos más viejos y tradicionales cedieron el control con lentitud. Sólo en 1918 la presión estudiantil y política permitió que el movimiento reformista llegara a controlar la Universidad en Córdoba. De este movimiento surgieron importantes reformas en el gobierno de las universidades de Argentina y otros países de América latina, principalmente el establecimiento de un gobierno tripartito integrado por estudiantes, profesores y egresados. Sin embargo, aun así, la orientación tradicional que ponía el acento en los aspectos teóricos y humanísticos cambió sólo lentamente.

La influencia de una educación humanista tradicional determinó ciertas actitudes hacia la educación técnica. La carrera de Ingeniería había sido creada en la Facultad de Ciencias Exactas en 1866; pero se crearon con lentitud otras carreras universitarias en campos imprescindibles para la economía en desarrollo: la Facultad de Ciencias Económicas se abrió a nivel universitario en 1914; un Instituto de Estudios Comerciales Superiores se incorporó a la Universidad en 1911; y en 1918 la especialización en ingeniería industrial se agregó a la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales. En 1910, de los 4.650 estudiantes en la Universidad de Buenos Aires, todavía la mayoría pertenecía a las carreras profesionales tradicionales: medicina y derecho figuraban en primer lugar con 2.500 y 1.100 estudiantes respectivamente; ciencias exactas y naturales las seguían con 600; filosofía y letras con 250; y agronomía y veterinaria en último lugar —en esta economía orientada a la agricultura— sólo con 200 <sup>19</sup>.

A nivel secundario los estudios técnicos afrontaban inconvenientes similares de falta de prestigio. No había una instrucción intermedia en el sistema educacional argentino. La gente decente se beneficiaba con una estructura educacional elitista que preparaba para la dirección de la sociedad. Los padres de estratos más bajos que con ahorros y sacrificios lograban que sus hijos entraran a la escuela media no deseaban que allí recibieran una educación técnica. Significativamente, el primer

<sup>19</sup> Universidad Nacional de Buenos Aires, *La Universidad Nacional de Buenos Aires, 1821-1910*, Buenos Aires, 1910, pág. 151.

proyecto de enseñanza técnica promovido en 1882, estaba destinado a funcionar en el asilo de huérfanos de la ciudad. Su propulsor aseguró a sus colegas que dicha enseñanza sería completada con adoctrinamiento "tratándose de la moral que los gobiernos están obligados a inculcar en las clases bajas de la sociedad."<sup>20</sup> La respuesta unánime en el Congreso fue que este tipo de educación técnica costaría demasiado y que, gracias a los inmigrantes europeos el país, de cualquier manera, tenía suficientes artesanos<sup>21</sup>.

Finalmente, a fines del siglo XIX se creó una escuela industrial oficial. Su primer director señaló la necesidad que ella cubriría: "Si es fácil a las fábricas formar sus obreros, no sucede lo mismo con sus directores, capataces y maestros de talleres."<sup>22</sup> Sin embargo, en 1908 la única escuela industrial del país sólo tenía 450 alumnos incriptos en sus tres cursos básicos: entrenamiento industrial, dibujo industrial y manejo de maquinaria<sup>23</sup>. Los requerimientos de un apoyo mayor para esta escuela murieron en una Comisión del Congreso en 1908, y cuando se volvieron a presentar en 1911, fueron rechazados<sup>24</sup>.

En 1910, la actitud hacia la educación técnica no había cambiado, por lo menos en apariencia, tal como lo indica la presentación y defensa pronunciada por un diputado al proponer un proyecto de ley que establecía incluir en la enseñanza primaria y secundaria un nivel técnico, con el fin de preparar mecánicos, electricistas, químicos y capataces de la construcción:

"Yo no soy partidario de que se desvíe por completo a la juventud de las carreras literarias y liberales y debemos soste-

<sup>20</sup> Observaciones de Mariano Demaría en Diputados, *Sesiones*, 1882, I, 3 de julio, pág. 509. El proyecto de ley fue presentado por Demaría el 22 de mayo, pág. 92.

<sup>21</sup> Diputados, *Sesiones*, 1882, I, 3, 5, 7 de julio, págs. 509-33, 537-39, 567-75; véase especialmente las observaciones de Onésimo Legnizamón en 3 de julio, págs. 515-16. *La Prensa*, 19 de julio de 1882, pág. 1, expresa el disgusto por la falta de acción de la Cámara de Diputados con respecto a este proyecto.

<sup>22</sup> Otto Krause, "Instrucción industrial. Su implantación en el país", en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, Nº 47, 1899, pág. 139.

<sup>23</sup> *La Prensa*, 19 de junio de 1908, pág. 9.

<sup>24</sup> Diputados, *Sesiones*, 1908, I, 31 de julio, págs. 774-75; 1911, V, 15 de noviembre, págs. 32-33.

ner hasta cierto punto esta organización, hasta aproximarnos a la alta cultura doctoral, que ya vendrá, pero, entretanto, debemos organizar en una forma seria la enseñanza técnica, encaminando una buena parte de la juventud hacia las preocupaciones útiles y prácticas."<sup>25</sup>

Este y otros proyectos similares ni siquiera llegaron a debatirse en el Congreso; los títulos de abogado y de médico significaron siendo el coronamiento de la educación superior, reverenciada por la mayoría aun cuando esa limitada y alta educación era totalmente inadecuada para el rápido crecimiento económico<sup>26</sup>.

Otro aspecto cultural importante, la posición dominante de la familia, fue consolidado por la inmigración italiana y española. Constituyó también un poderoso elemento de estabilización de la sociedad porteña. La familia no era sólo el criterio principal para determinar el status, sino que establecía lazos de sangre y matrimonio entre la gente decente. Estas familias eran mucho más extensas que la nuclear; incluían a los hermanos y hermanas solteros, padres, hijos casados y a veces a abuelos, primos, sobrinos y sobrinas. Cada familia tenía un promedio de 4 ó 5 hombres<sup>27</sup>. El crecimiento del número de hombres empleados de la gente decente, de 3.400 en 1869 a 20.000 en 1909, parecía significar que esta clase había crecido desde unas 800 a aproximadamente 5.000 familias en 40 años; constituían aún un grupo bastante reducido, que podía mantenerse unido por lazos familiares y personales.

En todos los niveles de la sociedad la familia, especialmente en su forma extendida, servía para proporcionar bienestar a sus miembros. La municipalidad y la Iglesia mantenían asilos

<sup>25</sup> Observación de Lucas Ayarragaray en Diputados, *Sesiones*, 1910, I, 8 de junio, pág. 137.

<sup>26</sup> Hobart A. Spalding, Jr. "Education in Argentina 1890-1914: The Limits of Oligarchical Reform" en *Journal of Interdisciplinary History*, III, Nº 1 (verano de 1972), págs. 31-61, señala que pese a los principios y a la retórica reformista en la educación argentina, sólo se produjeron algunos pequeños cambios.

<sup>27</sup> Basado en familias con tres o más sirvientes en la sección Nº 1 de Policía, Ciudad de Buenos Aires, según las boletas manuscritas de los censos nacionales de 1869 y 1895.

y hospitales para indigentes, ancianos y enfermos, pero recurrían a ellos, en última instancia, los que no tenían familia. La familia extendida asumía así la responsabilidad por todos sus miembros. Las familias de la gente decente con frecuencia eran bastante numerosas: podían incluir el hijo viudo que había vuelto al hogar paterno con varios hijitos, la hermana sin hijos, o las hijas solteras, cuya única alternativa era vivir su soltería en la casa de sus padres. Había muchas solteras en 1869, familias donde con frecuencia había, 4, 5 ó 6 hijas solteras, que habían llegado a los 25 años, edad en que ya difícilmente se casaban\*.

Entre la gente de pueblo la familia extensa, si bien no tan amplia, también proporcionaba seguridad frente a la enfermedad o el desempleo. El trabajo de muchos brazos —niños de 9 y 10 años que ganaban monedas como lustradores de zapatos, o vendedores ambulantes, hermanas e hijas que lavaban o cosían, hermanos y primos que trabajaban como jornaleros— con frecuencia agregaban zanahorias y papas al puchero o posibilitaban el ahorro con vistas a la compra de un lote en las afueras. Sin embargo las obligaciones de una familia extensa también podían llegar a consumir todos sus recursos, siendo así como sus ahorros desaparecían por indigencia, enfermedad o desempleo de algunos de sus miembros.

Las preocupaciones individuales y personales podían llegar a amenazar la cohesión y estabilidad que la familia proporcionaba a la sociedad porteña. Esta inclinación hacia el individualismo,

\* Aunque las estadísticas publicadas en 1869 no dividen la ocupación por sexo o nacionalidad, puede probarse que por debajo del balance aparentemente favorable de 40.000 solteros y 22.500 solteras en la ciudad en ese año, el 76 % de los hombres eran extranjeros, mientras que las mujeres argentinas entre 16 y 30 años, casadas, viudas y solteras, superaban a los hombres argentinos en proporción de dos a uno. Indudablemente, el gran número de hombres, especialmente jóvenes porteños de la clase alta, enrolados en la Guerra del Paraguay (1865-70) influye sustancialmente en este desequilibrio. Esto redujo considerablemente las posibilidades de las niñas de gente decente que, dado los humildes orígenes de la mayoría de los inmigrantes, tenían que encontrar marido entre los argentinos de su propia clase. Se ha llegado a estas conclusiones mediante un estudio de las familias examinadas en la nota 27.

lismo, sin embargo, involucraba complejos rasgos españoles, acentuados por el medio ambiente local y la inmigración.

Por un lado, el personalismo implicaba lazos de lealtad y deberes basados en la relación personal, real o imaginada. En lo político, estas actitudes desembocaron en el caudillismo. A cambio de apoyo y obediencia, el caudillo brindaba protección, trabajo y a menudo el símbolo del padre dominante. Además de lo político, las relaciones personales y los contactos individuales daban sentido no sólo a los lazos de amistad, sino también a muchas acciones sociales. En gran medida la adhesión establecida por simpatía, soborno, miedo o poder, ataba a los porteños a compañeros de trabajo, a vendedores, a amigos y vecinos, al policía local y al político.

Por otro lado, el individualismo representaba la libertad de expresar, por lo menos interiormente, los sentimientos propios. La literatura y el arte españoles repetidamente rendían homenaje a esa libertad que no podía cercenarse ni restringirse con prisión o sanciones. En realidad, la expresión exterior de la libertad o el individualismo no constituía el aspecto más importante de la libertad individual; a otras culturas les resulta difícil comprender esta sutileza. Pero dichos valores, prescindiendo de su expresión externa o interna, llevaban al individuo a desarrollar un punto de vista independiente respecto de su medio y a expresarlo cada vez que las trabas familiares o políticas lo permitieran. Pese a una preocupación exterior formalista y legalista el español rechazó con frecuencia que fórmulas racionales se impusieran sobre la voluntad individual. Por ello, a menudo se notaba la ausencia de normas internas que ocuparan el lugar de indicaciones exteriores cada vez que ello fuera necesario. En la Argentina, esto significó que toda acción no expresamente prohibida, era lícita. En la vida diaria, estas actitudes se traducían por la tolerancia de un inspector de aduana que hacía la vista gorda; de un pasajero que fumaba en el vagón donde estaba prohibido hacerlo; de un profesor que faltaba a su clase. El individualismo estaba también en la base de defensas ruidosas y explosivas de posiciones y opiniones personales, que se resignaban sólo ante la autoridad o

la fuerza: considérense las frecuentes discusiones entre los pasajeros de los tranvías y conductores, la reticencia para ceder la vereda estrecha a otra persona, los furiosos gritos de los cocheros en las esquinas.

El igualitarismo que se evidenciaba en Buenos Aires era otro rasgo del individualismo y personalismo. En la España medieval esta actitud había sido expresada como igualdad de todos los hidalgos por debajo del rey. A pesar de los muchos niveles en la estructura social porteña, las actitudes públicas, como puede verse en numerosos sainetes, sostenían el punto de vista de que ningún hombre es por nacimiento superior a otro. A menudo los sainetes sugerían que la prosperidad era fruto de la suerte y la astucia más que de fatigas, economía o trabajo. En tanto que en la realidad la carrera y el futuro permanecían irrevocablemente unidos a los orígenes familiares, dicho igualitarismo postulaba que cualquiera podía elevarse hasta el más alto nivel social.

Un tema igualmente complejo se desarrollaba a partir de conceptos de masculinidad y virilidad españoles, italianos y criollos. La herencia del gaucho tuvo sin duda gran influencia sobre los porteños. La idealizada visión del gaucho que surge en cantos, poemas, obras teatrales y novelas escritas por hombres de la ciudad a fines del siglo XIX, subraya como rasgo principal su coraje temerario y desafiante<sup>28</sup>. Esta jactanciosa idea alcanzó su culminación con el gaucho que paseaba entre un grupo, arrastrando con descuido los extremos de su poncho sobre la tierra como para limpiar las botas o las espuelas de los que ahí estaban y así invitar a una pelea a cuchillo y a muerte. Otros fuertes rasgos de masculinidad surgían también de esta

<sup>28</sup> Más allá de los clásicos de la gauchesca tales como José Hernández,  *Martín Fierro*, Hilario Ascasubi,  *Santos Vega* y Estanislao del Campo,  *Fausto*, existe un considerable número de autores populares encabezado por Eduardo Gutiérrez,  *Juan Moreira*. Véase Madeline W. Nichols,  *El gaucho*, Buenos Aires, 1953; Raúl A. Cortázar,  *Indios y gauchos en la literatura argentina*, Buenos Aires, 1956; Enrique Williams Alzaga,  *La pampa en la novela argentina*, Buenos Aires, 1955; Justo P. Sáenz (h),  *Equitación gaucha en la pampa y mesopotamia*, 4ª ed., Buenos Aires, 1959; Ricardo Rodríguez Molas,  *Historia social del gaucho*, Buenos Aires, 1968.

herencia. El gaucho legendario, aun cuando podía venerar a su madre, miraba a las otras mujeres en primera instancia como objetos de desco físico. Los vínculos sentimentales representaban una blandura o debilidad inaceptable.

La mayoría de los porteños tenían que limitarse a un conocimiento vicario de la legendaria arrogancia gaucha. Sin embargo, a fines del siglo XIX mucha gente decente iba armada y los trabajadores solían llevar cuchillo. Como resultado, la demostración exterior de hombría, apoyada por las tradiciones española e italiana, a veces terminaba en derramamiento de sangre. Parecía aceptable que los hombres, aunque buenos padres y jefes de familia, demostraran su virilidad seduciendo mujeres solas, frecuentando prostitutas o hablando mal de un sentimiento profundo como el amor.

El compadrito, producto del arrabal porteño en los últimos años del siglo XIX, sintetizó muchos de los valores viriles de los españoles, criollos e italianos. Como el gaucho, el compadrito fue descrito a veces por una literatura que acentuaba y en ocasiones distorsionaba los aspectos pintorescos de su personalidad<sup>29</sup>. El compadrito pertenecía a la gente de pueblo. En general no tenía antecedentes policiales, aun cuando mostraba poco respeto por la ley y sus ordenanzas. Siempre era argentino, aunque muchas veces hijo de inmigrantes, hablaba con un marcado acento y vocabulario criollo al que se habían incorporado modismos y entonaciones gauchas\*. Se caracterizaba por usar botines de taco alto, pañuelo de seda anudado al cuello y sombrero gacho. La exageración de su vestimenta y modales lo distinguían de sus compañeros. Pero salvo que alguien respondiera a su insolente mirada, a su agresiva ostentación de masculinidad, era inofensivo.

<sup>29</sup> Las leyendas que posteriormente surgieron sobre la figura del compadrito se registran en Miguel D. Etchebarne,  *La influencia del arrabal en la poesía argentina culta*, Buenos Aires, 1955, págs. 80-82. Véase también Francisco L. Romay,  *El barrio de Monserrat*, Buenos Aires, 1962; págs. 57-60; y Adolfo Batiz,  *Buenos Aires, la ribera y los prostíbulos en 1880*, Buenos Aires, s/f, pág. 93.

\* La jerga del compadrito no debe asociarse con el lenguaje del submundo, ni con el lunfardo, desarrollado en Buenos Aires a fines del siglo XIX.

El surgimiento del compadrito se vincula íntimamente con el origen de otro fenómeno porteño: el tango, carente de respetabilidad y aceptación social, había surgido en el arrabal en las últimas décadas del siglo. Hacia 1900 el tango cruzó el Atlántico y llegó a París, donde rápidamente adquirió fama y prestigio<sup>30</sup>. Una década después, de vuelta en Buenos Aires, se convirtió en símbolo nacional. Pero la música de su etapa inicial —los tonos roncós, insistentes, los pasos contoneados pero precisos, el fluir rítmico, la ausencia de letra— y el hecho de ser bailado con otros hombres o con prostitutas, dio al compadrito un escenario perfecto en el cual lucir sus posturas y actitudes.

En el otro extremo de la escala social, y aproximadamente en la misma época, surgió la contrapartida del compadrito: el niño bien. En la edad de oro de la década de 1880, estos hijos de la élite porteña tenían como centro de sus pesadas bromas los teatros de la calle Victoria y Rivadavia, los bares de Corrientes y Esmeralda y, más lejos del centro, restaurantes tales como el de Hansen, de Palermo. Conocidos en esa época como la "india", estos muchachos, que contaban entre dieciséis y veinticuatro años, se hicieron famosos por sus provocaciones a los transeúntes, por sus parrandas y orgías. Las autoridades policiales tenían entrometerse, pues sabían que de ellos saldría la élite política de mañana, mientras la sociedad en general tendía a considerar sus fechorías como expresiones de una juventud exuberante. Pero como el niño bien poseía la misma arrogancia y agresividad que el compadrito, se producían frecuentes y sangrientos enfrentamientos entre sus bandas en cafés, prostíbulos y restaurantes. Tal violencia finalmente requirió una eficaz acción policial, y en 1910 los diarios ya sólo registraban las molestias que los niños bien, con su nuevo juguete, el automóvil, provocaban a los parroquianos sentados en las veredas de los cafés.

<sup>30</sup> *La Prensa*, 3 de febrero de 1902, pág. 6, citado: "No será poco el asombro de los argentinos que completan su instrucción social en las viejas capitales europeas, al ver en los más afanados salones y en los más encumbrados *chateaux* bailar en sus barbas el tango tradicional, el tango argentino, que ellos altivamente desprecian por antiestético y antisocial."

Una característica porteña que surgió a fines del siglo XIX tiene su origen en la interacción de diferentes aportes: la tradición picaresca española, la legendaria astucia del gaucho y la posición a la defensiva de los hijos de los inmigrantes. Los inmigrantes europeos no constituyeron ninguna amenaza para la gente decente. Pero el obrero criollo se vio rebalsado por una ola de extranjeros trabajadores, ambiciosos y ahorrativos. La incorporación de la primera generación de argentinos a las ocupaciones de los obreros especializados y empleados hizo que declinara ligeramente el porcentaje de extranjeros consignados en los censos del 79 % en 1887 al 65 % en 1914. Los extranjeros adquirieron mayor preponderancia aún en trabajos manuales: constituían el 86 % de este subgrupo (véase el cuadro 15). A la luz del tradicional desdén del criollo por el trabajo manual, pocos patrones —especialmente si ellos mismos descendían de inmigrantes— ocultaban su preferencia por los europeos, más conscientes, sobrios y trabajadores. En todos los estratos inferiores de la sociedad, el criollo tenía motivos para envidiar y desconfiar de los inmigrantes. A pesar de la violencia que debía enfrentar el inmigrante que se radicaba en el campo, ella afectó poco a los que se radicaban en la ciudad y que eran mayoría frente a los argentinos, quienes debieron limitarse a expresar su hostilidad al extranjero mediante los celos y el sarcasmo.

La viveza criolla constituía el principal recurso de los argentinos<sup>31</sup>. Esta viveza es la habilidad de sacar ventaja a expensas de los otros sin el uso de la presión física. La irrupción en la ciudad de tantos hombres desprevenidos hacia fin de siglo estimuló hasta extremos insospechados la viveza del criollo. Si su blanco era el inmigrante se levantaban pocas objeciones. Lo que hacía de la viveza criolla una peculiaridad porteña no era tanto la capacidad del inteligente o del tramposo —como en cualquier ciudad importante— para sacar ventaja del simple o del ingenuo, sino la aceptación general y hasta la admiración que despertaba dicha capacidad. Tales hazañas eran comentadas y aplaudidas, y la aprobación sin tapujos descartaba toda

<sup>31</sup> Véase Julio Mañul, *Psicología de la viveza criolla*, Buenos Aires, 1965.



vergüenza o secreto. "¡Qué viveza!" significaba un elogio y no una condena.

El criollo también ridiculizó al inmigrante. Aunque el gobierno nacional insistió, especialmente después de 1900, en que todos los niños en edad escolar conocieran los símbolos patrios, la independencia y el pasado argentino, las burlas y remedos que tenían como objeto al extranjero cumplían con mayor eficacia la función de integrarlos a las costumbres locales. Epítetos como los de gringo, gallego o ruso podían rebotar en los oídos de los inmigrantes, pero penetraban profundamente en los de sus hijos. Gringo, palabra a menudo asociada a los italianos, implicaba un prototipo de labrador extremadamente ahorrativo, incapaz de disfrutar de placer alguno. Gallego, como se le decía al español, tendía a designar a un trabajador rústico e insignificante, una mula de carga. El epíteto de ruso, aplicado a la inmigración judeo-rusa, delataba cierto antisemitismo, al mismo tiempo que designaba a esos campesinos sucios y extrañamente vestidos. Estas y otras burlas impulsaban a los niños a adoptar lo que creían el modelo criollo de lenguaje, costumbres y actitudes, y a rechazar la lengua y las costumbres de sus padres. Si el padre salpicaba su español con giros y pronunciación gallega o genovesa, al mismo tiempo el hijo se reía a carcajadas del torpe inmigrante parodiado en los sainetes; él mismo se esforzaba en hablar en la jerga local, la que, por ironía del destino, incluía expresiones francesas e italianas. Si el padre usaba orgullosamente una boina, disfrutaba de una tarde en la cancha de bochas con sus paisanos, o ansiaba comer una paella, el hijo trataba de evitar en el vestido, diversiones y comidas todo lo que pudiera identificarlo como extranjero. Si el "viejo" se afanaba en los muelles y se privaba de una copita para poder meter unos pesos en el colchón o en una cuenta bancaria, el hijo con frecuencia desdeñaba el trabajo rudo y esperaba un golpe de suerte o la ayuda de un amigo. Las burlas sobre la torpeza, ineptitud o estupidez del gringo, gallego, o inmigrante en general, crecieron hasta convertirse en un miedo al ridículo casi psicótico en la personalidad porteña. El escar-

nio y la burla fueron los instrumentos de la conformidad social en todos los niveles de la ciudad.

A fines del siglo XIX el crecimiento económico y el aporte masivo de inmigrantes europeos y capital extranjero estimularon el desarrollo de un rasgo cultural —el materialismo— que debía poco a la herencia hispánica. En la Gran Aldea la brecha entre la gente decente y la gente de pueblo había sido medida más en términos de familia, educación y ocupación que en términos de riqueza. La vida recogida en las viejas casas de la Gran Aldea no se caracterizaba por la ostentación y el lujo. Pero la prosperidad lo revolucionó todo. El sueño de "hacer la América" hacía que el campesino piamontés, el estibador napolitano, el dependiente ligur, el carnicero asturiano y el pastor vasco, cruzaran el Atlántico. Los porteños estimulados por los períodos de prosperidad económica de 1884 a 1889 y de 1905 a 1912, adhirieron al ideario materialista. La carrera por el beneficio —no sólo a través de los salarios, sino de las ganancias en almacenes y tiendas, las especulaciones bursátiles, la ganadería y las operaciones inmobiliarias— originó una actividad frenética. Un observador español en 1910 comentó este estado de ánimo: "En general, la ciudad se mueve y se rehace sin cesar, y las gentes todas parecen vivir arma al brazo, esperando el toque de avance, de alerta, como ejército en marcha, movido al presente por las ansiedades de enriquecerse a todo vapor."<sup>32</sup>

El surgimiento del materialismo pronto se tornó evidente entre la gente decente. En 1910 la riqueza podía compensar serias carencias de linaje y educación. El materialismo reinante se reflejó también en los cambiantes estilos arquitectónicos. Las quintas, chalets, petit-hoteles y palacios no sólo requerían más terreno que las casas con patios en las que habían sido criadas generaciones de argentinos, sino que también ofrecían a los ricos mejor escenario para ostentar su opulencia. Las fortunas acrecentadas por el ascendente valor de la tierra permitieron con frecuencia poseer más de una residencia: palacios en las estancias con parques arbolados y jardines, palacios en

<sup>32</sup> Adolfo Posada, *La República Argentina*, Madrid, 1912, págs. 76-77.



Fig. 49. Una reunión de la élite porteña en el hipódromo de Palermo, alrededor de 1900 (Archivo General de la Nación)

elegantes calles residenciales como las de Santa Fe y Alvear, y chalets sobre las barrancas de San Isidro.

Suntuosas fiestas y espléndidas reuniones irrumpieron destruyendo un estilo de vida familiar y recogido que perduró hasta la década de 1870. Las casas de la élite eran presas del torbellino de una sociedad cada vez más elegante: el ideal era, como lo comentó un *habitué*: "una verdadera 'casa para fiestas', parece expresamente construida y amueblada para darlas".<sup>33</sup> La familia Tornquist obreció en 1904 un baile de Año Nuevo en su quinta de Belgrano; la cena para mil invitados se sirvió bajo los árboles en mesas con exquisitos manteles, cristalería, platería y porcelana, y se bebieron los mejores vinos y cham-

<sup>33</sup> Julia V. Bunge, *Vida. Época maravillosa, 1903-1911*, Buenos Aires, 1965, pág. 63.

pañía franceses<sup>34</sup>. El festejo de las bodas de oro de los Guerrico, en 1906, asombró a una sociedad porteña ya saturada de esplendores. Cientos de obreros transformaron el jardín de su residencia próxima a Plaza San Martín en un vasto salón, totalmente equipado con calefacción a gas, iluminación eléctrica y agua corriente. Mil doscientos invitados, incluyendo el Presidente, participaron de un banquete que comenzó con delicadas perdices rellenas de *fois-gras* y castañas, culminando con el invariable Moët-Chandon que acompañaba los postres<sup>35</sup>. En sus vestidos, obras de arte, mobiliario, vajilla y carruajes, la élite argentina se había decidido a igualar o superar a los poderosos de Europa<sup>36</sup>.

La gente decente se preocupó por el embellecimiento material de la ciudad. En 1910 los porteños se enorgullecían de haber consruído al París de Sudamérica. Confiaban en que su ciudad era la más importante de América, sobre todo porque se parecía tanto a las ciudades europeas.

El materialismo imperante impulsó un cambio de actitudes acerca de cómo triunfar en la sociedad. La coima era virtualmente desconocida en Buenos Aires antes de 1880. Pero durante la prosperidad económica de esa década se convirtió en un medio en el mundo de los negocios; una coima, hábilmente pagada, abría puertas, aceleraba los trámites en las oficinas públicas, conseguía permisos de aduana y evitaba demoras y molestias. Con sumas más grandes y mediante formas de pago más complicadas, las coimas también ganaban el apoyo parlamentario para las concesiones ferroviarias y aseguraron sentencias favorables en la justicia. Una estimación realizada en 1904 revelaba que el equivalente de un cuarto del presupuesto nacional se invertía en coimas sólo en Buenos Aires<sup>37</sup>.

El materialismo también está en el origen de actitudes análogas entre la gente de pueblo. Como este sector social no podía

<sup>34</sup> Bunge, págs. 215-16.

<sup>35</sup> *La Prensa*, 14 de agosto de 1906, pág. 8. También véase Bunge, págs. 280-90.

<sup>36</sup> Rahola, págs. 295-98; C. Harguier, *La historia que he vivido*, págs. 239-40; Balestra, Juan, *El noventa*, 3ª ed., Buenos Aires, 1959, págs. 11-15.

<sup>37</sup> *La Prensa*, 18 de enero de 1904, pág. 4.

ostentar una riqueza que no poseía, las apuestas y el juego parecieron sustitutivo fácil del trabajo duro y el sacrificio. Cada vez más se pensaba que las causas del éxito se debían a amigos influyentes más que al propio esfuerzo. A principios del siglo xx el periodismo y las autoridades comenzaron a preocuparse frente a uno de los síntomas de esta situación: el apogeo del juego de lotería y carreras. En la década de 1890 —período de crisis económica— el porteño jugó casi 500 millones de pesos, cantidad que equivalía aproximadamente a una quinta parte del valor de las exportaciones del país durante toda la década <sup>38</sup>.

Pese a la intensa preocupación por plasmar las formas exteriores del progreso material, la gente decente opinó que no era necesario cambiar las estructuras políticas, económicas y sociales, integrar la población extranjera o estimular el desarrollo industrial. La coyuntura económica mundial fue favorable a la Argentina desde 1880 hasta la primera guerra mundial. Por ello, los argentinos confiaban en que la demanda de productos agropecuarios y el flujo constante de capitales y mano de obra europeos garantizarían la estabilidad y la creciente prosperidad.

En la carrera por el progreso material se conformaron en la gente decente puntos de vista ambivalentes sobre los extranjeros y el exterior. El progreso dependía de hombres y bienes extranjeros. La literatura francesa, la ópera italiana, la ciencia alemana, la industria inglesa y la educación pública de Estados Unidos, junto con administradores, banqueros, técnicos, artesanos y comerciantes extranjeros eran calurosamente recibidos en la ciudad. Pero por otra parte, los inmigrantes nunca dejaron de ser marginales: las capas sociales más bajas los envidiaban y desconfiaban de ellos, en tanto que la gente decente los consideraba mano de obra eficiente que servía a la sociedad pero no pertenecía a ella. El francés Émile Daireaux se refirió a esta decisiva actitud porteña cuando escribió:

“El extranjero, por su parte, conoce bien que su cualidad de

<sup>38</sup> *La Prensa*, 19 de agosto de 1901, pág. 5.

tal, hasta cuando reside desde largo tiempo en el país, le mantiene socialmente en un estado de inferioridad que nadie confiesa ni deja sospechar, pero que es real.” <sup>39</sup>

La gente decente abogaba por la inmigración al mismo tiempo que cuidadosamente defendía la estructura política de la intervención de los inmigrantes. La abrumadora preponderancia de los varones extranjeros sobre los porteños —en 1869, 52.000 para 13.000 entre los 15 y los 59 años— no hizo peligrar el sistema político y sólo se manifestó en una protesta llevada a cabo por el más grande y reciente grupo inmigrante: los italianos. En febrero de 1870, los residentes italianos hicieron ruidosas manifestaciones de protesta durante varios días contra los insultos a su comunidad publicados en un periódico porteño <sup>40</sup>. En la Boca una sociedad secreta italiana atacó a la policía en varias ocasiones durante 1874; después de este hecho la policía identificaba a los italianos con los perturbadores <sup>41</sup>. En 1875, una protesta dirigida por los masones en contra de la devolución de propiedades a los jesuitas por parte del gobierno, arrastró a muchos italianos llegados recientemente, furiosamente anticlericales. Arengados en Plaza de Mayo por dirigentes políticos porteños, la muchedumbre se enardeció. Antes de que la policía pudiera dispersar a los manifestantes, el colegio jesuita fue saqueado y quemado, muchas personas resultaron heridas, y algunos sacerdotes, muertos <sup>42</sup>. El año siguiente, la policía

<sup>39</sup> Daireaux, v. II, pág. 122.

<sup>40</sup> El insulto del que se informa en *Los Intereses Argentinos*, 18 de febrero de 1870, pág. 3, bajo el título de “Bandidos”, registra la intervención de las autoridades argentinas que obligan a volver a Italia a varios conocidos criminales que habían llegado al Río de la Plata. Editorializando continuaba, “falanges como éstas son las que nos llegan por lo regular de Italia. ¡Después querrán decirnos que la inmigración italiana es la mejor que viene a nuestras playas! La industria que nos traen, cuando no son bandidos, es tocar el organillo, limpiar botas, vender fruta, etc., etc. ¿Y diga alguno que no es cierto? Es la verdad, pese a quien pese.” Véase *La Prensa*, 22, 23, 24 de febrero de 1870, pág. 2, para la información sobre los disturbios y *Los Intereses Argentinos*, 21 de febrero de 1870, pág. 2, para la de una amenaza de ataque a sus oficinas.

<sup>41</sup> *La Prensa*, 19 de enero, 18 de marzo de 1874, pág. 1, 2; *La Nación*, 10 de marzo de 1874, pág. 2.

<sup>42</sup> Sackville West al Earl of Derby, 2 de marzo de 1875, F.O. 6, v. 326,

se mantuvo expectante ante 5.000 italianos que vitoreaban la llegada de un nuevo diplomático de su país; los inmigrantes aprovecharon la ocasión para protestar contra la brutalidad policial<sup>43</sup>. Pero estas manifestaciones no indicaban una intervención extranjera en la política interna argentina.

Las autoridades se preocuparon de que el elemento extranjero no participara en los conflictos que periódicamente se producían en la ciudad. Durante el grave conflicto entre alsinistas y mitristas, éstos pensaron en organizar una campaña en pro del otorgamiento de la ciudadanía a los extranjeros, a los efectos de asegurarse sus votos. Considerado el peligro evidente que significaba la participación de extranjeros en la lucha política, abandonaron el intento<sup>44</sup>. Años más tarde, en vísperas del enfrentamiento armado que se originó por la federalización de la ciudad, los alsinistas fortalecieron la neutralidad de las comunidades extranjeras dando de baja a todos los extranjeros enrolados en la policía de la ciudad<sup>45</sup>.

A fines de la década de 1870 las comunidades extranjeras abandonaron las manifestaciones de protesta, convirtiéndolas en expresiones de solidaridad con la Argentina. En 1878, en el centenario del nacimiento de San Martín, entre 8.000 y 10.000 italianos desfilaron por las calles de la ciudad; los periódicos porteños elogiaron a las numerosas sociedades italianas, las bandas de música, banderas y estandartes que habían ocupado doce cuerdas en el desfile<sup>46</sup>. Dos años después, en el centenario del nacimiento de Bernardino Rivadavia, 20.000 extranjeros se unieron al desfile; en esa ocasión sus estandartes y sociedades fueron mucho más numerosos que los argentinos, ya que los porteños estaban ocupados en los prolegómenos del conflicto sobre

Nº 12, véase también Leandro Gutiérrez, "El incendio del Colegio del Salvador, 1875: expresión de protesta social", Segundo Seminario sobre métodos de investigación y enseñanza de la historia y literatura rioplatense y de Estados Unidos (mimeografiado, Buenos Aires, 1967), pág. 1-7.

<sup>43</sup> *La Prensa*, 16 y 18 de abril, 2 de julio de 1876, pág. 1.

<sup>44</sup> *La Prensa*, 9 de septiembre de 1873, pág. 1; Sackville West al Earl of Derby, 23 de diciembre, 1874, F.O 6, Vol. 321, Nº 113.

<sup>45</sup> *La Prensa*, 5 de marzo de 1880, pág. 1.

<sup>46</sup> *La Prensa*, 22 de febrero de 1878, pág. 1; véase también "Gratitud a los extranjeros", *La Nación*, 27 de febrero de 1878, pág. 1.

la federalización de la ciudad<sup>47</sup>. En 1882, 60.000 personas salieron a conmemorar la muerte de Giuseppe Garibaldi, recordado en el Plata por su intervención en el sitio de Montevideo, así como por su conocida acción política en Italia, con una reunión masiva en Plaza de Mayo<sup>48</sup>.

La inmigración extranjera a la Argentina aumentó rápidamente durante la década de 1880 y algunos comenzaron a reclamar el derecho de los inmigrantes a convertirse en ciudadanos argentinos. Después del enfrentamiento armado de 1880, el comentarista de un periódico sugirió: "El extranjero, que es el elemento conservador, una vez que haya tomado participación en la cosa pública, habrá cesado para siempre las turbulencias que nos aquejan."<sup>49</sup> Una comisión del Club Industrial, antecesor de la Unión Industrial Argentina, que en aquel momento era la organización que representaba a los intereses industriales, propició una legislación tendiente a facilitar la adquisición de la ciudadanía argentina. En 1882 se presentó ante la Cámara de Diputados un proyecto de ley que proponía la ciudadanía argentina para los empleados públicos extranjeros, pero una comisión parlamentaria informó desfavorablemente, sosteniendo que tal discriminación era innecesaria e inconstitucional y la Cámara rechazó la medida por 20 votos contra 12<sup>50</sup>.

La extrema liberalidad de la Constitución Argentina para con el extranjero servía admirablemente los intereses de la gente decente manteniendo al inmigrante al margen del poder político. El extranjero o residente gozaba de muchos privilegios, por lo cual no sentía la necesidad de adquirir la ciudadanía. Como extranjero podía trabajar o dirigir su negocio como si fuese argentino nativo. Podía trasladarse por el país, casarse

<sup>47</sup> *La Prensa*, 1, 18, 20 y 22 de mayo de 1880, pág. 1.

<sup>48</sup> *La Prensa y La Nación*, 27 de junio de 1882, pág. 1.

<sup>49</sup> De *El Industrial*, 17 de julio de 1880, pág. 3, comentado en *La Prensa*, 20 de julio de 1880, pág. 1.

<sup>50</sup> Diputados, *Sesiones*, 1882, I, 27 de mayo, pág. 131-32, II, 4 y 5 de septiembre, pág. 125-55. Emile Daicieux al comentar ese proyecto, advierte que mientras la mayoría de los extranjeros se entusiasman criticando al gobierno, costumbres y valores locales, rehúsan participar en política; véase Daicieux, II, pág. 13-15.

y comprar y vender tan libremente como cualquier ciudadano. Incluso podía votar en las elecciones municipales de la ciudad de Buenos Aires. La eficacia de los reclamos consulares o diplomáticos de su país frente a medidas tomadas por el Estado respecto de los extranjeros, prácticamente desapareció después que la unificación de todas las provincias en 1862 proporcionó a la Argentina un gobierno nacional sensible de los atributos de su soberanía<sup>51</sup>. Pero el varón extranjero estaba exento de integrar la guardia nacional y, después de 1902, también del servicio militar.

Una hostilidad silenciosa y múltiples obstáculos impedían adoptar la ciudadanía argentina al extranjero que lo deseara. Existían poderosas presiones sociales contra la naturalización. En las palabras de Emile Daireaux:

"El ciudadano de las repúblicas hispano-americanas es demasiado patriota, tiene por su patria y por la idea de patria un culto demasiado ardiente para perdonar al extranjero el que renuncie a la suya. No hay homenaje que reciba con menos entusiasmo, que el que le rinde un extranjero renunciando a su nacionalidad para adquirir la de Argentino. De todas las ideas jerárquicas que la democracia puede suprimir o descuidar, la que subsiste entre el criollo y el extranjero es la única en que no puede hacer mella, y esto es lo que, por largo tiempo aún, mantendrá en América las distancias entre el obrero o artesano [en otras palabras el extranjero] y los que le emplean."<sup>52</sup>

Además, pese a los procedimientos aparentemente simples para la naturalización —de acuerdo a la ley de 1869, una solicitud presentada al juez federal después de dos años de residencia

<sup>51</sup> Un aspecto característico de la débil influencia y poder del diplomático extranjero, aun inglés, para intervenir en los asuntos argentinos, aparece en el despacho remitido por Sackville West al Earl of Derby, 10 de enero de 1877, FO 6, Vol. 339, N° 2 Confidencial. Un señor Davison, súbdito británico y contratista para parte de las obras sanitarias de la ciudad, se quejó al Ministro Británico de que había sido detenido ilegalmente durante tres días por la policía local. Inmediatamente fue informado por las autoridades locales que lo mejor que podía hacer era desistir del asunto, o su vida correría peligro. A pesar de las investigaciones del Foreign Office, Davison prefirió no insistir en su reclamo.

<sup>52</sup> Daireaux, II, pág. 123.

en el país—, los trámites enredaban y detenían la mayoría de las solicitudes. Los más bajos escalones de la burocracia, especialmente la policía, constituían un obstáculo efectivo para obtener la ciudadanía argentina. En el interior del país, el papeleo que tenía que cumplimentarse en una distante capital de provincia, junto con el largo viaje requerido para comparecer ante el juez federal, levantaban barreras tan efectivas como en la ciudad. En ella, cuando un residente extranjero solicitaba la ciudadanía, el juez le ordenaba presentarse en el Departamento de Policía. Después que el solicitante respondía a un largo cuestionario, la policía volvía a citarlo muchas veces en el Departamento Central o en las comisarías para nuevos interrogatorios. Las demoras se sucedían unas a otras y como ocurrió en un caso analizado por *La Prensa* en 1903, el empleador también fue citado para informar. Entonces, un oficial instructor aconsejó al solicitante que desistiera, ya que de todos modos lo pasaba mejor como extranjero<sup>53</sup>. Según un diputado socialista este método todavía cumplía sus fines en 1914, aunque la Ley Sáenz Peña de voto universal y secreto promulgada dos años antes, constituía un nuevo aliciente para la adquisición de la ciudadanía y, por ende, del derecho de voto:

"El procedimiento que surge de una manera natural del texto constitucional y de la ley de ciudadanía del año 69, es un procedimiento liberal, tendiente a facilitar la rápida incorporación del extranjero. Pero ha sido substituido por otro procedimiento tortuoso, clandestino, largo y caro, que es la principal dificultad, o casi la única, que hay actualmente en la República, para que una enorme masa de hombres se incorpore de una manera total a la nacionalidad... La policía, en virtud de las prácticas seguidas por los jueces, y auspiciadas en circulares reservadas por el Poder Ejecutivo, ha llegado a tener en el trámite para la nacionalización de extranjeros una importancia y una intervención que no están justificadas."<sup>54</sup>

Excepto declaraciones retóricas sobre la necesidad de integrar

<sup>53</sup> *La Prensa*, 16 y 17 de julio de 1903, pág. 4, 6.

<sup>54</sup> Comentarios por Antonio de Tomaso en Diputados, *Sesiones*, 1914, III, 17 de agosto, pág. 732.

a los inmigrantes, no se hizo ningún esfuerzo serio para cambiar los procedimientos que, en los hechos, evitaban su participación en política. Numerosos proyectos se elevaron al Congreso para simplificar la adquisición de la ciudadanía: la presentación ante un juez de paz en lugar de un juez federal, declaraciones obligatorias para residentes extranjeros si querían mantener su ciudadanía de origen, otorgamiento automático de la ciudadanía argentina a todo el que votara o desempeñara un cargo en el gobierno<sup>55</sup>. Ninguna de estas leyes llegó a ser debatida en el Congreso. En realidad, en 1902 el gobierno, al eximir del servicio militar obligatorio a todos los extranjeros empleados en la administración pública en tanto conservaran su ciudadanía de origen —exención que no comprendía a los empleados de nacionalidad argentina— dio un paso más para evitar la naturalización de los extranjeros<sup>56</sup>.

Las estadísticas sobre naturalización confirman que los extranjeros no querían o no podían adquirir la ciudadanía argentina. El censo de 1895 en la ciudad registró sólo 715 ciudadanos de adopción sobre 206.000 extranjeros: apenas un 0,35 %<sup>57</sup>. En parte en respuesta a las presiones del Partido Socialista, que apoyaba la naturalización, el total de extranjeros que habían obtenido ciudadanía argentina aumentó notoriamente, después de 1900, a 5.000 en 1904, 8.000 en 1909 y 18.000 en 1914: 2, 2½ y 4% respectivamente, de la población masculina extranjera<sup>58</sup>. Incluso estas cifras relativamente bajas parecen abul-

<sup>55</sup> Estos proyectos fueron presentados en las fechas siguientes: (1) Diputados, *Sesiones*, 1885, I, 24 de julio, págs. 322-23; (2) 1895, I, 5 de julio, pág. 236; 1898, I, 17 de agosto, págs. 586-88; 1901, I, 18 de mayo, págs. 200-201; 1905, II, 19 de setiembre, págs. 1045-47; 1908, I, 1º de julio, págs. 477-79; (3) 1912, I, 17 de julio, págs. 568-70; (4) 1902, I, 28 de agosto, págs. 682-83; 1911, I, 25 de junio, págs. 514-16.

<sup>56</sup> *La Prensa*, 29 de agosto de 1902, pág. 3. Para comentarios sobre el gran número de extranjeros empleados por los gobiernos nacional y de la ciudad, véase *La Prensa*, 1º de febrero de 1904, pág. 6, y *Revista Municipal*, VII, Nos. 410 y 413, 4 y 25 de diciembre de 1911, págs. 12-13, 12.

<sup>57</sup> *Segundo censo nacional de 1895*, II, pág. 19. Si se cambia el denominador al número total de hombres extranjeros en edad de votar, 18 años y más, el porcentaje de ciudadanos naturalizados es sólo del 0,4 %; II, pág. 11-12.

<sup>58</sup> Si el denominador en cada caso se cambia a los varones extranjeros en edad de votar de 18 y más años los porcentajes resultan 2,3, 2,8, y 1,5

tadas a la luz de estadísticas citadas en la Cámara de Diputados en 1913: según ellas, había sólo 2.384 ciudadanos naturalizados en la ciudad, de los cuales casi 1.000 eran marineros en barcos de cabotaje, y muchos policías y carteros, que debieron obtener la ciudadanía para asegurarse sus empleos<sup>59</sup>. El gobierno admite en un volumen del censo de 1914 que el porcentaje total del país de argentinos naturalizados —2,25%— contrastaba con el de Estados Unidos para 1910: 46%<sup>60</sup>.

En la Argentina la adjudicación de la ciudadanía a los extranjeros está profundamente vinculada, especialmente después de 1910, a una tendencia que abarcó a diversos grupos: la aparición de un fuerte espíritu nacional. A fin de siglo se crearon numerosos nuevos clubes para gente de pueblo, con el objeto de afirmar y difundir los valores, la música y los bailes criollos que reclamaban la herencia gauchesca: La Pampa, El Matarral, Los Rastreadores, La Criolla, Hijos del Desierto<sup>61</sup>.

La gente decente también sentía la necesidad de afirmar su "argentinismo". A fines de 1901, la Argentina y Chile, como en 1898, estuvieron al borde de una guerra por cuestiones de límites y los jóvenes de la élite porteña respondieron con la formación de la Liga Patriótica Argentina. Además de estimular la práctica del tiro y proveer instalaciones para ejercicios y tiro al blanco, la nueva organización apoyó la naturalización de extranjeros e inició una suscripción pública para la adquisición de un crucero para la marina. El movimiento se extendió rápidamente en la ciudad y en las provincias y a mediados de enero una asamblea masiva de sus miembros en Buenos Aires aprobó los estatutos, cuyos objetivos eran fortalecer el patriotismo<sup>62</sup>.

respectivamente; véase *Censo de la ciudad de Buenos Aires, 1904*, págs. 23, 30-34; *Censo de la ciudad de Buenos Aires de 1909*, I, pág. 17, 32, 47-49; *Tercer Censo Nacional de 1914*, II, pág. 3, 403, III, pág. 17-19.

<sup>59</sup> Diputados, *Sesiones*, 1913, II, 1º de agosto, pág. 709.

<sup>60</sup> *Tercer Censo Nacional de 1914*, I, pág. 213-14.

<sup>61</sup> *La Prensa*, 8, 10, 29 de mayo, 6 de junio de 1899, pág. 6.

<sup>62</sup> La reunión de fundación de la Liga, en la que Estanislao Zeballos pronunció una inflamada arenga, se informó en *La Nación*, 19 de diciembre de 1901, pág. 5. Posteriormente la prensa publicó diariamente informes sobre las demás actividades de la Liga, culminando con su organización

Si bien el grupo nunca fue llamado para defender las fronteras del país, su inicial entusiasmo siguió ardiendo en sus ataques contra las manifestaciones socialistas y anarquistas después de 1904 y durante los festejos del centenario en 1910. Su patriotismo se expresaba a veces de extraña manera. A principios de mayo de 1910 una banda de por lo menos 1.000 jóvenes, muchos de los cuales pertenecían a muy conocidas familias porteñas, atacaron y quemaron las carpas del circo de Frank Brown, establecido desde hacía mucho tiempo en la Argentina y que acababa de instalarse en un baldío sobre la calle Florida. A muchos porteños, la función circense no les parecía una manera suficientemente digna de celebrar el nacimiento de la nación. Hasta publicaciones serias como la *Revista Municipal* expresaron su aprobación a este acto de violencia:

"Buenos Aires ha dejado ya su ropaje de niño que se embauca con la jeringosa del payaso; que palpita de emoción ante el salto mortal de un acróbata; y es una advertencia fundamental la que surge de la protesta contra su restauración, que indica que no es posible volver atrás en la vida, ni reestablecer, siquiera por un momento, las características del pasado en ninguno de sus órdenes, sea moral, político, social o simplemente de estética." <sup>63</sup>

Fomentando el nacionalismo, la gente decente intentaba inculcar sentimientos patrióticos y de "argentinismo" en los hijos de la gran población extranjera de la ciudad. Como cada vez concurrían más niños a las escuelas privadas mantenidas por las comunidades extranjeras, ello era visto como un serio peligro para la integridad nacional. El sistema escolar argentino respondió modificando sus programas de estudio. La historia y geografía argentinas, hasta entonces consideradas una parte de la historia y geografía universales, se convirtieron en materias autónomas en la década de 1880. En 1888 la historia argentina, que se enseñaba en dos horas semanales en el último año de la

definitiva el 16 de enero de 1902; véase *La Nación*, 17, 19 de enero de 1902, pág. 5, 3; *La Prensa*, 19 de enero de 1902, pág. 6.

<sup>63</sup> *Revista Municipal*, VII, N° 328, 9 de mayo de 1910, pág. 6; véase también *Caras y Caretas*, XIII, N° 606, 14 de mayo de 1910, sin numerar.

escuela secundaria, pasó a ocupar seis horas semanales en el primero y segundo grado de la escuela primaria, incorporándose además a los restantes grados de la misma <sup>64</sup>. Sin embargo, estas medidas no comprendieron a las escuelas privadas durante las décadas de 1880 y 1890. El Congreso se mostró reticente para ampliar las imprecisas facultades adjudicadas al Consejo Nacional de Educación sobre las escuelas primarias por la ley 1420, de 1884. Además, cuando un proyecto de ley que establecía que la educación primaria debía impartirse en castellano fue debatido en el Congreso en 1896, resultó derrotado por 19 votos a 34, en medio de ruidosas acusaciones de que significaba un ataque chauvinista a la herencia y a la cultura europeas <sup>65</sup>.

Después de 1900, una nueva ola inmigratoria, la amenaza de guerra con Chile y continuas fricciones con el Brasil determinaron que el Consejo Nacional de Educación considerara controles más efectivos sobre las escuelas de comunidades extranjeras. Los peligros de las así llamadas escuelas "extranjeras" estaban descriptos en un detallado informe redactado por el nuevo y combativo presidente del Consejo, José María Ramos Mejía, en 1908:

"Las escuelas llamadas italianas, francesas, inglesas, etc., sostenidas por gobiernos europeos, eran en su mayoría establecimientos de enseñanza con todas las características de las que funcionan en los referidos países y una marcada tendencia nacional extranjera que los distinguía... A la Historia Argentina, geografía argentina, Instrucción Cívica y demás asignaturas establecidas como de enseñanza obligatoria con el minimum de instrucción, se les daba una importancia muy secundaria y casi ridícula, no así a la Historia y Geografía de la nación a que pertenecían los miembros de la sociedad que sostiene la escuela..."

"Sólo el maestro argentino o vinculado estrechamente a este país enseñará con entusiasmo nuestra historia... La escuela es la única que podrá infiltrar en el corazón de nuestros escolares

<sup>64</sup> Spalding Jr., "Education in Argentina, 1890-1914", pág. 42.

<sup>65</sup> Diputados, *Sesiones*, 1891, I, 17 de setiembre, págs. 811-18; 1896, I, 4, 7 y 9 de setiembre, págs. 751-69, 771-91, 793-831.



en la infancia, el sentimiento del deber y del amor a la patria."<sup>66</sup>

En su afán de controlar las escuelas privadas el Consejo se valió finalmente de una cláusula de la ley de 1884 que exigía a todas las escuelas privadas presentar la lista de sus maestros a las autoridades nacionales para su autorización. Antes de comenzar el año lectivo de 1909, todas esas escuelas primarias debían registrar sus maestros en el Consejo. Cuando los maestros no tenían título habilitante debían rendir un examen. Únicamente ciudadanos argentinos podrían enseñar historia y geografía argentinas e instrucción cívica. La enseñanza del castellano no podía ser impartida sino por quien tuviera el español como lengua materna. El plan de estudios debía contener básicamente las mismas materias que el de las escuelas públicas. A principios de cada año, antes de iniciar las clases, tenían que someterse al Consejo la distribución de horas por materia y los libros de texto a utilizarse. El decreto también prestaba especial atención a dos fechas patrias: 25 de Mayo y 9 de Julio. Para ellas debían dictarse clases alusivas y celebrar actos; un departamento del Consejo debía dar detallada instrucción con respecto a la observancia de esos dos días a los directores y maestros de todas las escuelas privadas<sup>67</sup>. Estas reglamentaciones llevaron efectivamente adelante el adoctrinamiento establecido el año anterior, cuando el Consejo había ordenado una revisión de todos los libros de texto de las escuelas con el fin de inculcar los valores nacionales prestando particular atención a los héroes patrios, especialmente a José de San Martín.

Cuando las instrucciones del Consejo fueron implementadas en 1909, una ceremonia de afirmación patriótica, de la que antes sólo participaban los conscriptos, se convirtió en la ceremonia escolar principal. Esta Jura de la Bandera se realizó por primera vez en las escuelas de toda la ciudad y en varias plazas

<sup>66</sup> Consejo Nacional de Educación, *La educación común en la República Argentina; Primer Informe presentado al Ministerio de Justicia e Instrucción Pública por el Presidente del Consejo*, Buenos Aires, 1910, página 145.

<sup>67</sup> *Ibid.*, págs. 146-47.



Fig. 50. Desfile de colegiales por la Avenida de Mayo, el 25 de Mayo de 1910. (Archivo General de la Nación)

públicas el 8 de julio, vísperas del aniversario de la independencia<sup>68</sup>. A partir de 1910 se comenzó a destacar el 25 de Mayo como fecha patria, quizá a causa de las celebraciones del Centenario, que incluyeron un desfile de 20.000 niños frente al Congreso y con otros actos, discursos y desfiles en toda la ciu-

<sup>68</sup> *La Prensa*, 8 y 9 de julio de 1909, pág. 11, 15; *La Nación*, 4 y 9 de julio de 1909, págs. 8, 9.

dad<sup>66</sup>. Posteriormente, la Jura de la Bandera, en la que participaban miles de niños vestidos con sus mejores trajes, se convirtió en un acto regular en la celebración del 25 de Mayo<sup>70</sup>.

La educación patriótica incluía también el homenaje diario a la bandera, la costumbre de que los niños se pusieran de pie cuando se mencionaba a San Martín y el recitado catequístico de fórmulas tales como las siguientes:

P. — ¿Cómo se considera usted con relación a sus compatriotas?

R. — Me considero vinculado por un sentimiento que nos une.

P. — ¿Y qué es eso?

R. — El sentimiento de que la República Argentina es el mejor país del mundo.

P. — ¿Cuáles son sus deberes como buen ciudadano?

R. — Primero de todos amar a su país.

P. — ¿Aun antes que a sus padres?

R. — Antes que a todo<sup>71</sup>.

La incidencia del nacionalismo sobre la educación primaria tenía que ver con el hecho de que la gran mayoría de los escolares de la ciudad sólo asistían uno o dos años a la escuela, según afirmaba un visitante español: "La escuela... concíbese como centro de educación del sentimiento patriótico: en ella se estima que debe formarse, con acción intensa y reflexiva, el alma nacional."<sup>72</sup> Este mismo observador también concluyó: "Se podía llegar a reducir la función de la escuela a preparar a los chicos para las fiestas de Mayo."<sup>73</sup>

Así, al mismo tiempo que la clase dirigente argentina excluía en los hechos a los inmigrantes de toda participación política, procuraba que los niños nacidos en la Argentina adquirieran sentimientos nacionales, junto con el status legal de ciudadanos. En estos esfuerzos, las autoridades hallaron considerable apoyo en la estructura social de la ciudad, así como en los rasgos culturales de los argentinos.

<sup>66</sup> *La Prensa*, 21 y 25 de mayo de 1910, págs. 13, 42.

<sup>70</sup> *La Prensa*, 24 y 25 de mayo de 1911, pág. 12.

<sup>71</sup> John A. Hammerton, *The Real Argentine*, págs. 241-242; también citado en Spalding, Jr., "Education in Argentina, 1890-1914", págs. 44-45.

<sup>72</sup> Posada, pág. 222.

<sup>73</sup> Posada, pág. 224.

La prosperidad de la pampa desde fines del siglo XIX y el desarrollo de un sistema agropecuario orientado hacia la exportación, no dieron motivos a que la élite pensara modificar el curso de las cosas en el plano económico. La abundancia que proporcionaba el comercio no impulsaba cambios en el sistema económico; nadie parecía interesado en estimular la industria, la sustitución de importaciones o las inversiones mercantiles e inmobiliarias en fábricas. En tanto que la agricultura y el comercio se expandían con rapidez, la mayoría de las industrias estaban dispersas en la ciudad en talleres que utilizaban el oficio, las herramientas y los reducidos capitales de los artesanos europeos. Los pocos grandes establecimientos industriales se desarrollaron sólo en áreas relacionadas con la agricultura y la exportación: molinos harineros, frigoríficos, curtiembres, así como algunas plantas procesadoras de alimentos para consumo local.

Estadistas, economistas y hombres de negocio parecían coincidir en que el futuro descansaba en la explotación agropecuaria. Al inaugurar su segunda presidencia, Roca, en su mensaje al Congreso, enunció la filosofía del gobierno nacional:

"El país... debe esforzarse en aumentar y mejorar en cantidad, calidad y precio, aquellos ramos de producción que tienen ya fácil aceptación en los mercados extranjeros, absteniéndose de proteger industrias efímeras, en condiciones de irremediable inferioridad, con evidente menoscabo de nuestras grandes y verdaderas industrias, la ganadería y la agricultura, tan susceptibles todavía de adquirir un inmenso desenvolvimiento."<sup>74</sup>

La política impositiva y de tarifas demuestra que prevalecía la idea de que el intercambio de productos agropecuarios por manufacturados constituía tanto un buen negocio como la aquiescencia al sentido común<sup>75</sup>. Después de 1890 *La Prensa*

<sup>74</sup> Mabragna, *Los mensajes*, V, pág. 353.

<sup>75</sup> El tema del desarrollo económico de la Argentina sólo puede ser tocado en este estudio por medio de estos ejemplos. Para una comprensión más detallada de los temas y áreas debe recurrirse a: Carlos F. Díaz Alejandro, *Essays on the Economic History of the Argentine Republic*, New Haven, Connecticut, 1970; Guido Di Tella y Manuel Zymelmann, *Las etapas del desarrollo económico argentino*, Buenos Aires, 1967; Adolfo Dorfman,

sostuvo que la protección a la industria era contraproducente para los intereses del país, cuyo futuro radicaba en el crecimiento de la producción y exportaciones agropecuarias. También los primeros diputados socialistas tenían que el proteccionismo elevaba los precios, y por ello proclamaron su desconfianza ante la industria y su oposición a la elevación de las tarifas aduaneras. Los porteños, especialmente la gente decente, acostumbrados a la amplia variedad de artículos manufacturados europeos, fácilmente disponibles y baratos, se mostraban poco inclinados a pagar costos adicionales para estimular la industria local. El principio rector de la política tarifaria siguió siendo el expresado por Ponciano Vivano en la Cámara de Diputados en 1898:

"Acepto la protección para las grandes industrias, para aquellas que todos los países tienen interés o conveniencia en desarrollar, porque así es un complemento de su vida independiente o un plan de defensa militar; pero no acepto de ninguna manera que porque se hagan aquí puntas de París, nos hagan pagar cuatro o cinco veces su valor, y que por un cuello que se puede comprar por 50 centavos, hayamos de pagar un peso."<sup>76</sup>

El principal objetivo de la política tarifaria en el siglo XIX fue el de asegurar ingresos y no la protección. La recaudación de la aduana cubría entre el 80 y el 90% de todos los gastos públicos. Buenos Aires, principal puerto y aduana había, por esta causa, actuado como centro de gobierno durante la primera mitad del siglo XIX. Los gastos de la Guerra del Paraguay obligaron a subir las tarifas en un 18% sobre el valor de las importaciones y un 6% sobre las exportaciones, y a este aumento siguieron otros del 5% y 2% respectivamente. En 1870, al finalizar la guerra, el Congreso estableció una tarifa básica del 20% sobre todos los productos, excepto las bebidas alcohólicas

*Historia de la industria argentina*, 2ª ed., Buenos Aires, 1971; Aldo Ferrer, *La economía argentina*, Buenos Aires, 1963; Ricardo M. Ortiz, *Historia económica de la Argentina, 1850-1930*, 2 vols. Buenos Aires, 1965; Leopoldo Portuoy, *Análisis crítico de la economía argentina*, Buenos Aires, 1961, y Vicente Vázquez Presedo, *El caso argentino: migración de factores, comercio exterior y desarrollo, 1875-1914*, Buenos Aires, 1971.

<sup>76</sup> Diputados, *Sesiones*, 1897, II, 3 de enero de 1898, pág. 771.

y el tabaco, gravados con un 25%. Cualquier disposición proteccionista, sin embargo, quedaba en gran parte anulada por el establecimiento de categorías especiales del 10% y "libres de impuesto", para rubros juzgados útiles y necesarios para el desarrollo económico de la Argentina.

Al final de cada período de sesiones el Congreso solía promulgar un conjunto de disposiciones tarifarias precipitadamente, ya que los legisladores estaban ansiosos de salir de Buenos Aires durante el cálido y húmedo verano. Más a menudo se elevaban las tarifas sobre rubros esenciales, consumidos por gran parte de la población, especialmente los alimentarios. Puesto que las necesidades individuales de tales mercancías eran relativamente estables, los estratos más bajos de la sociedad participaban en la financiación del presupuesto nacional, en forma desproporcionada respecto de sus ingresos. Al mismo tiempo, el hecho de que el país tuviera o no las materias primas necesarias para manufacturar o procesar los propios artículos de consumo parecía irrelevante a los legisladores. Las tarifas sobre harina, azúcar, vino, galletitas, cerveza o zapatos podían eventualmente tener carácter proteccionista. Pero igualmente se imponían tarifas altas sobre artículos que no se producían en el país y que sin embargo consumía en cantidades importantes la gente de pueblo, tales como café, kerosene y aceite de oliva. En el peor momento de la depresión de 1891, la caída del peso papel significó que las tarifas sobre alimentos y otros rubros muy utilizados por la mayoría de la población alcanzaran niveles de 100% y 200%; el Congreso rehusó reducir los impuestos temiendo un mayor desequilibrio del presupuesto<sup>77</sup>. La duplicación del impuesto sobre el kerosene en 1898, aunque rechazada al principio por la Cámara de Diputados, finalmente fue aprobada arguyendo la necesidad fiscal<sup>78</sup>. Después de otro aumento de las tarifas en 1902, y a pesar de la estabilización del peso, un estudio especial demostró que el impuesto sobre los derivados del petróleo llegaban a 100%, sobre el arroz a 75%, sobre el baca-

<sup>77</sup> Diputados, *Sesiones*, 1891, I, 3, 17, 20 y 22 de julio, págs. 247-56, 306-27, 328-48, 351-66.

<sup>78</sup> Diputados, *Sesiones*, 1897, II, 21 de diciembre, págs. 477-502.

lao a 33%, sobre el aceite de oliva a 36% y sobre los materiales de construcción, tales como clavos y hierro galvanizado, del 50 al 75% <sup>79</sup>.

Periódicamente la prensa abogó por la protección de la industria, y lo mismo sucedió en los círculos financieros y en algunos debates en el Congreso. En 1875, Carlos Pellegrini presentó por primera vez al Congreso un proyecto de tarifas proteccionistas. Salvo en los casos de protección a la producción agrícola, este tipo de proyectos cayeron en saco roto. La legislación apoyó la industria harinera como un complemento de la creciente producción de trigo del país y fijó un impuesto de aproximadamente 40% sobre la harina importada <sup>80</sup>. En 1883, como resultado del aumento de la producción de caña de azúcar en Tucumán y del mejoramiento del transporte ferroviario a las provincias del noroeste, la protección se extendió al azúcar menos refinada. Poco después, los vinos recibieron una protección similar reconociendo la importancia de los viñedos de San Juan y Mendoza y de los vínculos ferroviarios entre ambas provincias con Buenos Aires. En 1891, pese al alto costo de la vida que soportaban las clases populares, el Congreso elevó las tarifas sobre el arroz con el fin de proteger la producción tucumana; esta medida era muy necesaria, pues el flete por tonelada de arroz de Tucumán a Buenos Aires costaba 40 pesos, mientras que el costo por mar por tonelada de Bremen a

<sup>79</sup> "El malestar comercial", *La Prensa*, 12, 19 y 22 de octubre de 1902, págs. 4, 5, 3.

<sup>80</sup> Ley Nº 759, 14 de octubre de 1875, de la República Argentina. Diputados, *Sesiones*, 1875, II, 14 y 15 de setiembre, 11 y 12 de octubre, págs. 1102-34, 1135-51, 1455-58, 1463-61; Senadores, *Sesiones*; evidentemente esta ley fue debatida en sesión secreta o devuelta directamente por la subcomisión del Senado a la Cámara de Diputados, por cuanto no figura debate alguno sobre la medida. Véase pág. 1123-21 para las observaciones de Carlos Pellegrini. Trabajos que subrayan aspectos complementarios de ciertas industrias respecto de la producción agropecuaria argentina, aparecen en el principal periódico ganadero, *Anales de la Sociedad Rural Argentina*, bajo los títulos "Lo que somos y lo que debemos ser" y "El pastoreo y las fábricas", V, Nº 4, 30 de abril de 1871, págs. 128-30, 130-33. A los intereses británicos preocupados por el libre comercio con la Argentina, hasta las disposiciones tarifarias de 1875 en apoyo de los molinos harineros, les parecieron "ultraproteccionistas". Ver Sackville West al Earl of Derby, 3 de octubre de 1877, FO 6, Vol. 341, Nº 22 Comercial.

Buenos Aires era de sólo 15 pesos <sup>81</sup>. Apoyos similares recibieron los esforzados productores argentinos de tabaco y yerba mate, protegiéndolos de la competencia de las importaciones del Paraguay. La ocasional y totalmente ineficaz protección a la industria textil algodonera se justificó sobre todo porque podría promover el cultivo del algodón en la Argentina <sup>82</sup>.

Las frecuentes alteraciones en las tarifas y la ausencia de medidas que superaran una mera política de ingresos frustraron más aún las tendencias industrialistas. Típicas fueron las imposiciones sobre la exportación de chatarra, que afectaba el abastecimiento de varias fundiciones en Buenos Aires. En 1891, por primera vez, se impuso un impuesto de cinco pesos sobre exportaciones de chatarra; el impuesto subió a 25 pesos en 1893 y se eliminó por completo en 1897; en 1898 se restableció en cinco pesos <sup>83</sup>. Del mismo modo, la inconsistencia de la política tarifaria no fomentó la tan necesaria inversión de capitales en ramas tan importantes como la química, metalúrgica y los textiles, que en 1913 solamente cubrían el 38%, 33% y 23% respectivamente de las necesidades del país <sup>84</sup>.

A medida que se complicaba el sistema de enmiendas y modificaciones a las tarifas, el gobierno luchó infructuosamente para establecer algún principio de razón que trascendiera la inmediata necesidad de ingresos. En 1894, una comisión presidencial intentó "racionalizar" el conjunto de tarifas existentes, pero sus recomendaciones jamás lograron la aprobación del Congreso. Los legisladores se mostraban cada vez más cautos en sus intervenciones sobre esta estructura. En 1898, la subcomisión de derechos aduaneros ratificó, sólo con algunos cambios menores, los impuestos del año anterior. En 1899 la subcomisión alegó no poder hacerse cargo del análisis de los tratados comerciales o de la compleja revisión propuesta por uno de sus miembros por el peligro de desquiciar el sistema fiscal y de comprometerse

<sup>81</sup> Diputados, *Sesiones*, 1892, II, 7 de noviembre, pág. 182.

<sup>82</sup> Diputados, *Sesiones*, 1892, II, 4 de noviembre, págs. 152-155.

<sup>83</sup> Ley Nº 2.766, 18 de octubre de 1890; Ley Nº 2.923, 27 de diciembre de 1892; Ley Nº 3.672, 3 de enero de 1898; Ley Nº 3.757, 30 de diciembre de 1898; Ley Nº 3.890, 4 de enero de 1900, de la República Argentina.

<sup>84</sup> *Tercer Censo Nacional de 1914*, VII, pág. 68.

demasiado en las polémicas entre los sectores comerciales e industriales<sup>85</sup>. En abrumadora sucesión, comisiones del Ministerio de Hacienda en 1902, del Congreso en 1903, del Ministerio del Interior en 1904 y del propio Ejecutivo en 1905, intentaron resolver los problemas inherentes a la legislación tarifaria; en 1907 y 1910 el Poder Ejecutivo envió un proyecto tendiente a unificar las leyes aduaneras, pero todo en vano.

El concepto de que la industrialización no era un buen negocio durante esos años de exportaciones e importaciones en aumento produjo todavía otros efectos. No sólo se descuidó la educación tecnológica en Buenos Aires, sino que no se estimuló ni premió la inventiva en el campo técnico. La primera ley de patentes de 1864 no proporcionaba protección alguna. El Congreso jamás revisó esa ley durante el período de rápido crecimiento del país y en 1907 sepultó en la subcomisión un proyecto de reforma presentado por el Poder Ejecutivo<sup>86</sup>. A pesar de las innovaciones y creatividad de miles de pequeños talleres artesanales y de las industrias caseras, el espíritu de inventiva recibió poco estímulo oficial. En 1904 las patentes registradas en la Argentina representaban un tercio de las de México, país subdesarrollado para los argentinos, y sólo 1% de las de Estados Unidos<sup>87</sup>.

La industria y el comercio lucharon con similares deficiencias en la primera ley de marcas y patentes, que databa de 1876. El Congreso que reiteradamente había pospuesto la revisión de las disposiciones penales y compulsivas de la ley que por sus características invitaba a la evasión, por fin en 1900 introdujo algunos cambios de menor cuantía<sup>88</sup>. Los argumentos y proyectos del Poder Ejecutivo no obtuvieron respuesta; la declaración

<sup>85</sup> Diputados, *Sesiones*, 1898, II, 4, 7, 10 de noviembre, págs. 121-51, 152-55, 213-30; 1899, II, 10 de noviembre, pág. 213-30.

<sup>86</sup> Diputados, *Sesiones*, 1907, I, 31 de julio, pág. 617-39.

<sup>87</sup> *La Prensa*, 13 de diciembre de 1905, pág. 7, señala como principal responsable de este pobre resultado a la falta de protección o estímulo para los inventores en la Argentina.

<sup>88</sup> Ley Nº 3.975, 14 de noviembre de 1900, de la República Argentina. Senadores, *Sesiones*, 1900, 28 y 29 de setiembre, 14 de noviembre, págs. 316, 373-92, 606; Diputados, *Sesiones*, 1900, II, 5 de octubre, 14 de noviembre, págs. 3, 446-52.

hecha en 1910 de que "hoy carecen [las industrias] en absoluto de protección legal entre nosotros", expresaba una triste verdad<sup>89</sup>. Las desventajas de la tecnología local fueron reconocidas en un proyecto del Poder Ejecutivo enviado al Congreso en 1913 que establecía premios que asignaría anualmente el Ministerio de Instrucción Pública a las mejores obras publicadas en ciencias y literatura. En los considerandos de este proyecto se afirmaba: "Es un hecho notorio que la producción intelectual no acompaña el desarrollo de nuestra vitalidad, formando ello remarcable contraste con el desenvolvimiento económico, que alcanza proporciones sorprendentes."<sup>90</sup>

La estructura social de la ciudad, así como sus valores culturales, proporcionó elementos de estabilidad en un medio ambiente que cambiaba con rapidez en otros aspectos. Estos elementos se complementaron bien con las condiciones económicas mundiales que favorecían la producción agropecuaria argentina y la actividad comercial de Buenos Aires. La estructura social se adaptó bien al crecimiento físico de la ciudad y a la expansión económica del país. Aun cuando la posición de un hombre dependiera fuertemente de sus antecedentes familiares, educación, ocupación e ingresos, tenía oportunidades para ascender o descender en la escala social. Mientras la conformidad y continuidad seguían siendo aspectos importantes de los valores de la clase alta, no había un rígido sistema de castas que cerrara el camino a las nuevas capacidades. La expansión económica estimulaba, entre tanto, la formación de un número cada vez mayor de estratos entre la gente de pueblo, junto con diferenciaciones entre niveles que satisfacían los deseos de movilidad social.

La cultura argentina, derivada en gran medida de la española y reformulada en el medio ambiente local a través de la influencia de inmigración masiva italiana y española, aportó mayor estabilidad a la sociedad porteña. El desdén por el trabajo manual, el respeto por la educación humanística y la exaltación

<sup>89</sup> Declaración acompañando un proyecto del Poder Ejecutivo, Diputados, *Sesiones*, 1910, II, 24 de agosto, pág. 51.

<sup>90</sup> Diputados, *Sesiones*, 1913, II, 19 de junio, pág. 181.

de la familia ayudó a que la élite mantuviera su control de la política, las finanzas y la educación. Al mismo tiempo, la consideración que merecían rasgos vinculados con la personalidad, la virilidad y la inteligencia, abrieron puertas a la individualidad y a la expresión personal mientras que el materialismo expandió en forma significativa la gama de diferencias entre los estratos sociales e impulsó las manifestaciones exteriores de riqueza y progreso.

Pero ni estas estructuras ni estos valores llevaron a los argentinos a introducir cambios importantes en su economía y sociedad. Los inmigrantes eran bien recibidos para que desarrollaran al país económicamente, pero no para que participaran en su evolución política. La clase alta supervisaba el sistema educacional, tanto para asegurarse su dirección de la sociedad como para inculcar los valores nacionalistas y conformistas. Y el éxito de la producción agropecuaria y de la actividad comercial del país inhibían cualquier tendencia a diversificar o industrializar la economía.

En un ambiente de este tipo, importantes recursos humanos permanecían postergados hasta que las condiciones de intercambio impusieron un reajuste a los esquemas de desarrollo. La depresión mundial y la Segunda Guerra Mundial finalmente demostraron los defectos en la orientación de la ciudad. Lo que había sido sensatez y espíritu comercial en 1910 resultó desastroso después de 1930. Fue entonces cuando la ciudad y la nación se volcaron hacia un nuevo período de cambio del cual no se ha salido todavía.

## 7

# La ciudad comercial y burocrática

LAS EXPERIENCIAS propias de Buenos Aires durante su período de más rápido crecimiento demográfico y expansión física acentuaron las similitudes y diferencias con otros centros urbanos. Buenos Aires se desarrolló como la ciudad más importante de la nación, proporcionando servicios comerciales y administrativos a una economía agropecuaria en expansión. La Argentina poseía riqueza agropecuaria potencial pero carecía de industrias, capital y mano de obra adecuada para un crecimiento autosostenido. Europa poseía bienes industriales, recursos humanos y financieros y requería alimentos, todo lo cual estimuló el despegue económico argentino. En el transcurso de un largo proceso, la prosperidad económica del país llegó a depender profundamente del abastecimiento externo de mano de obra y capital como de los mercados exteriores para sus productos agropecuarios; en suma, una malsana dependencia.

Estas condiciones de producción agropecuaria y dependencia externa, consideradas en el contexto de la explotación de riqueza pampeana a fines del siglo XIX, produjeron el tipo de crecimiento urbano caracterizado como "comercial-burocrático", en el que la actividad económica urbana se concentra en el